

Antonio Mingote, caballero de medida

Mariano Aguirre

Voyant le deuil qui vous mine et consomme:

Mieux est de ris que de larmes escripre,

Pour ce que rire est le propre de l'homme.

Rabelais, "Gargantua"

1. Grande de España

Afirman José Luis Garcí y Luis Alberto de Cuenca que es uno de los tres o cuatro verdaderamente Grandes de España, con G mayúscula, tanto en lo personal como en lo creativo, que nuestro país haya dado en el siglo XX. Si acotamos el tiempo de ese siglo a su segunda parte, la que va desde el final de la guerra civil hasta el comienzo del siguiente, pienso modestamente que no hay exageración alguna en el aserto, siendo los otros tres que no nombran, a mi entender, Picasso (si bien éste cree más y mejor antes de la conflagración mundial), Luis Buñuel y Alfredo Kraus. Quizá cabría añadir a la lista a Albert Boadella, pero éste sigue en activo y ojalá que por mucho tiempo en éste que es ya además el siglo XXI.

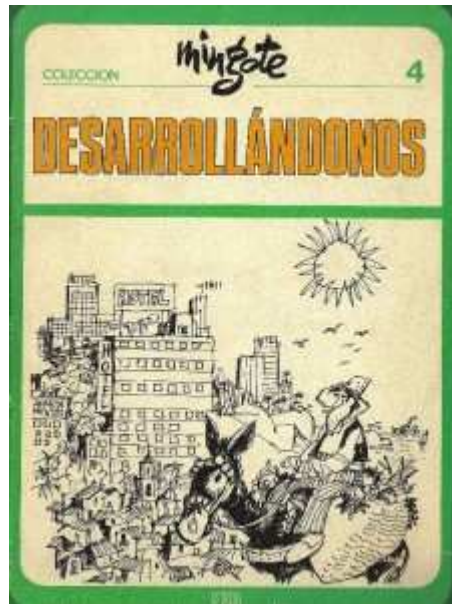
Todos ellos suscitan, en especial Mingote y Kraus, el afecto popular. Todos ellos crean hasta el último día de sus vidas y así ostentan una muy dilatada carrera artística. Quiere esto decir que han vivido volcados en el arte de forma permanente y total, que no esporádica. Todos ellos, desde la tradición, saben -por muy vanguardistas que quieran mostrarse en ocasiones- adecuarse, en permanente actualidad, a los tiempos en que viven y, conscientes de estar en el mundo, luchan por proporcionar al público y a la sociedad un arte acorde a los tiempos, es decir vivo y sincero. Y quizá sea ello la auténtica *vanguardia*.

Intensidad en el trabajo y tensión creativa permanente. En todos ellos.

2. Cronista de España. Un ejemplo: la etapa desarrollista

Redondeando digamos que Mingote ha ofrecido a los españoles, como mínimo, una viñeta o chiste gráfico al día, desde 1953 al 2012 en el diario ABC, lo cual arroja un total de casi 22.000!, y en ellos, indefectiblemente, se refleja la sociedad española, tanto en lo político como en lo social y en lo moral, en sus distintas etapas: el franquismo más nacional-catolicista con los pujos falangistas de nacional-sindicalismo; el desarrollismo y el *tecnocraticismo* con la irrupción del turismo; el tardofranquismo y la descomposición progresiva de la dictadura; la democracia y la monarquía con su alternancia de socialistas y conservadores y sus gravísimas cuitas de corrupción, nacionalismos y terrorismo, así como la degradación consumista de cultura y educación.

A principios de la década de los 90 conocí a un universitario napolitano, estudiante de Sociología, que había de llevar a cabo una como tesina sobre el desarrollismo español y la influencia del Opus Dei en aquel período. Le recomendé (y regalé) la lectura y estudio de “Desarrollándonos”, volumen 4 de la colección “Mingote”, editada por Myr, en el que, clasificados por temas (La Motorización; Serios, Decentes e Inmutables; Los Inevitables Políticos; La Fiesta casi Nacional; etc.) y ordenados por riguroso orden cronológico de publicación, se reunía la obra gráfica de Mingote hasta 1974, fecha de su impresión.



En el volumen que nos ocupa, “Desarrollándonos”, con ironía magistral y soberbios dibujos, cada chiste repasa y pone en evidencia, de forma exhaustiva, todos y cada uno de los componentes del desarrollismo ibérico. Y así:

- *La obligatoriedad del pluriempleo* (si quería sacarse adelante la familia): Sentados en el banco de un parque, una realista y eficiente muchacha, libreta y lápiz en mano para hacer bien las cuentas, le dice a su caviloso prometido: "El salario mínimo es suficiente, desde luego, siempre que ganes por lo menos tres." (1964)
- *La novedad del consumismo*: Sentados en un cómodo sofá del hogar común, charla un matrimonio burgués de cincuentones. Ella fuma y él toma un whisky. La señora, sin mirarlo, le dice al señor: “Ya tenemos piso, televisión, frigorífico, tocadiscos y coche. Ahora podemos atender al espíritu, siempre que no tengamos que comprar nada más.” (1964)
- *El fútbol y la fascinación española*, algo más diluida en estos últimos tiempos de triunfos patrios, por el profesional extranjero: Chiste sin palabras. A la izquierda, dándonos la espalda, salen por una puerta toreros y bailaoras; sobre el dintel un cartel reza: “Exportación”. A la derecha, de frente, van entrando por otra puerta futbolistas con camisetas de distintos colores; sobre el dintel: “Importación”. (1958)
- *El auge de la construcción y el crecimiento urbano*: Junto a un altísimo edificio que ostenta un enorme cartel de “Se venden pisos” se encuentra una chata y apuntalada chabola de arrabal que replica con otro casi tan grande enarbolado sobre sus tejas y que dice: “Bueno, ¿y qué?” (1958)
- *Los resabios y secuelas de las privaciones, racionamientos y estraperlos de la postguerra*: En una cafetería, un camarero de librea, cuello de pajarita y corbata de lazo, se desternilla de risa mientras señalando con el dedo al atónito cliente, exclama: “¡¡ Otro que pide café!!” (1958)
- *La inmoral idiosincrasia del hombre de negocios español*: En un contexto de fábrica atiborrada de aparatos, turbinas, grúas, contenedores, andamios y maquinaria de muy diversa índole, el empresario, gordo, burdo y fumando un puro, seguido de un siniestro secretario, se dirige a un técnico atareado ante lentes de aumento y otros objetos de precisión y le espeta: “No pierda más tiempo tratando de averiguar por qué no funcionan esos aparatos. Ya los hemos vendido todos.” (1960)
- *El señuelo del Mercado Común* (que así se llamaba entonces la Unión Europea actual), si bien España no sea por aquel entonces homologable a las democracias occidentales:

Un alfarero paleta rodeado mayormente de botijos y de cacharros de barro, platica con un “señor de ciudad” y, mediante una pregunta, le expresa su preocupación: “A ver si me entero. El Mercado Común, ¿quiere decir que yo podré vender mis botijos en toda Europa, o que toda Europa podrá fabricar botijos?”

- *La quiniela*, auténtico deporte nacional e inversión económica del español medio: Primavera. Camina por un paseo un matrimonio. Ella es la típica señora gorda que tanto obsesionó a Tono, Mihura y al propio Mingote; él un pobre contribuyente, enteco y resignado. Ella, con tono imperioso, le dice a él, que escucha sumiso: “¿No has leído que, según no sé qué ministro, el único problema de España es la falta de iniciativa? ¡Desde esta misma tarde vas a rellenar quinielas!” (1962) (Obsérvese por otra parte que la pareja en cuestión es muy mingotiana en sus características y es precedente de la forgiara formada por Mariano y la “focaburra”)
- *La actualización del unamuniano “Que inventen ellos”*: En torno a una mesa sobre la que se despliegan distintos envases de productos farmacéuticos, se encuentra un grupo de empresarios y de hombres de ciencia. Dirigiéndose a los demás y pontificando con prepotencia, mientras entorna los ojos, quien parece ser el farmacéutico jefe, declara: “Ya hemos conseguido envases y etiquetas de primera calidad. Ahora que pongan dentro lo de siempre”. Este chiste tiene título: “Desarrollo industrial”. Por otra parte, cómo no ver en él una premonición de lo que es el actual comercio *mercadotecnizado* en que prima el continente sobre el contenido, llegando casi a aniquilarlo. (1963)
- *La emigración*, que junto al turismo y al pluriempleo, garantizan el desarrollismo contemplado por los planes de desarrollo de los distintos ministros López del Opus Dei que gobiernan España. El chiste lleva por título “La emigración”. Departen en una típica taberna, que podría ser la del torero Antonio Sánchez en la calle del Mesón de Paredes, en Madrid –tan bien glosada por Cañabate-, unos señores de clase media entreverados con gente artesana. Dice el que parece más instruido y enterado del grupo: “Yo creo que la cosa se arreglaría lo mismo importando nosotros patronos alemanes.” (1963)
- *Las sempiternas aperturas económicas del español medio*: Trasladándose por los túneles del metro, un señor le dice a otro: “Parece que la economía española despierte mucho interés en el extranjero. Debe de ser por el suspense de fin de mes.” (1963) (¡Caramba, cuánta actualidad, por otra parte, la de este chiste, que sin embargo tiene casi 50 años!)
- *La destrucción de la costa* a cargo de la avidez del crecimiento inmobiliario desordenado a rebufo del turismo: Un artesano local vende en la calle sus objetos de alfarería; un turista extranjero en pantalón corto observa la mercancía. Tras de ellos, en segundo plano, numerosísimas torres de hotel, a lo Benidorm, y tras de ellas, casi oculto y empequeñecido, el mar. Dice el alfarero al extranjero: “Aquí progresamos mucho las industrias turísticas. Yo el año pasado sólo tenía un hotel detrás.” (1963). O este otro en que dos espigadas extranjeras caminan en bikini por una playa atestada de turistas tostándose al sol; detrás de ellas enormes edificios y hoteles copan el fondo del dibujo a excepción de un mínimo resquicio por el que se adivina un cerro con las ruinas de un castillo medieval coronándolo. Le dice una de las muchachas a la otra: “Me han dicho, Betsy, que detrás del hotel está España.” (1973)
- *La reforma tributaria*: En sendas poltronas se hallan sentados dos señorones fumando un puro. Le dice el uno al otro: “Eso del sentido social de la ordenación de impuestos me parece bien. No es justo que unos tengamos que engañar a la Hacienda mucho más que otros.” (1963)
- *Las trampas de los poderosos*: En un despacho, dos banqueros u hombres de negocios. Uno de ellos lee un diario cuyo titular reza: “El congreso de moralidad pública”. Se dirige a su congénere y le dice: “Parece que se quieren tomar medidas para la

moralización de la calle. Afortunadamente nosotros hacemos los negocios sin salir de este despacho.” (1964)

- *La falta de escrúpulos del empresario español:* Platican dos señoras gordas con un señor, todos ellos de la burguesía. Dice una de las señoras: “Parece que lo van a multar por adulterar alimentos, pero digo yo que de algo le servirá el ser tan buenísima persona.” (1973) Nótese en este chiste lo muy en la línea de Tono que se muestran personajes, situación y carácter absurdo del comentario. Recuérdese también que tan sólo unos pocos años después, con el escándalo del aceite de colza adulterado y tan tóxico, puro veneno, morirán unos cuantos, demasiados, españoles y otros, muchos, demasiados también, quedarán inválidos.
- *La carestía creciente de la vida:* Un hombre de negocios, con sañudo gesto, les dice a otros de su laya: “Pues como en esta Navidad la gente siga dando la lata con que subimos los precios, va a amar al prójimo como a sí mismo su abuela.”



Y muchísimos más temas tales como: la irrupción de la economía de la mano de los tecnócratas, con sus abstrusos y camelísticos términos, en la vida cotidiana, donde sigue por cierto y con ánimo de no irse nunca; la especulación; la creciente influencia de la televisión en nuestros hábitos sociales; ante todo y sobre todo aquello de la “reserva espiritual de Occidente”, que es en el chiste un frasco con tapón irrellenable, como el whisky Dyc; el famoso caso Matesa; la inanidad de la investigación en España; el fenómeno *hippy*; cómo nuestros comportamientos van perdiendo “realidad” por la influencia de la publicidad y de la televisión en general; la españolísima, eterna e irrefragable recomendación; y un larguísimo etcétera que no pueden contener estas páginas.

En “Historia de Elio”, novela escrita por Ramón Tamames y publicada en 1976, se lleva a cabo una despiadada descripción de las consecuencias que trajo el desarrollismo y que fueron fruto de la codicia, de la imprevisión y del españolísimo “el que venga detrás, que arree”: “...se guiaba únicamente por el criterio del máximo crecimiento, a costa de lo que fuese... incluso con el grave riesgo de que el hipercrecimiento forzado pudiera hacer imposible el desarrollo autosostenido a largo plazo. Y eso es lo que sucedió. El caos en la construcción urbanística en las áreas turísticas, el hacinamiento, las improvisaciones permanentes, la mala calidad de todo, la contaminación de playas, ríos y lagos, los incendios forestales... por lo demás, y a pesar de las densas barreras informativas que se opusieron, acabaron aflorando un cierto número de escándalos financieros e industriales en gran escala, con implicaciones de ex ministros, generales, banqueros adictos al Régimen, etc. Los *affaires* fueron del más diverso género: subvenciones del Estado no aplicadas a los fines propuestos; créditos de los bancos nacionalizados que se emplearon sin ningún control; alimentos preparados en cantidades masivas con productos de base adulterados;

falseamiento en los pesos de los artículos y manipulación de sus precios; stocks oficiales utilizados como verdaderos almacenes reguladores para la especulación de grupos directamente vinculados al Gobierno; rumores inacabables sobre las aventuras económicas y financieras de varios familiares de Plinio Brucio (es el nombre que se da a Franco en la novela), etc., etc.” En definitiva, todo cuanto Mingote va poniendo en evidencia, a pesar de la vigilancia extrema que el régimen autocrático ejerce sobre los medios de comunicación. Por otra parte, cuánta actualidad, por desgracia, tiene esta cita... y ahora el argumento de la dictadura no vale ya... Es bien triste.

Tanto mayor es el mérito de clarividencia de estos chistes de Mingote cuanto que muchos de ellos se publican, sí, durante el desarrollismo, pero antes de la formulación y aplicación de los planes de desarrollo de López Rodó, su iniciador, en 1964.

Otro tanto podría llevarse a cabo con los restantes títulos de la mencionada colección de la editorial Myr, mas también con la más reciente de ediciones B, datada del 2007 y cuyos títulos son “Señoras y señoritas”, “Ricos y pobres”, “El toro y el balón”, “Justos e injustos”, “El pueblo” y “La ciudad”. Esta última colección sigue idénticos criterios que la de las ediciones Myr, pero por su fecha de impresión, tan próxima, abarca mucho más y nos ofrece un dilatado Mingote cuya vena artística, penetración, lucidez y permanente percepción, primero, y luego, estilizada traducción cómica de la realidad más candente, sigue tan viva como el primer día y tan vigorosa, pero además con el añadido de haber alcanzado la perfección técnica del trazo, del dibujo, ya desde 1960, porque son muchos años de experiencia y de trabajo diario y éste se va acendrando y aquilatándose y quintaesenciándose aún más.

Un amigo historiador, justamente, me decía hace poco que echa generalmente en falta la aproximación literaria (a través de la novela, el teatro y la poesía) al estudio de las épocas y etapas de la historia, siendo su tesis doctoral un análisis de un período de la historia contemporánea española desde los escritos de un autor post-romántico. La historia reciente de España, en sus distintas facetas política y social, debería ser estudiada a través de los chistes de Mingote. No sé si existirá ya -creo que no-, pero urge una tesis crítica, de literatura, historia o sociología, sobre la obra de Mingote, contextualizándola en su evolución permanente, al hilo de la evolución de la sociedad.

Un lector español joven e ingenuo que hubiera leído hasta aquí -cosa que yo agradecería en el alma-, podría preguntarse, quizá algo perplejo, que cómo en “Desarrollándonos” falta precisamente el chiste que aborde directamente a los ministros o al Opus Dei. Del Opus Dei se decía en aquel entonces que su nombre lo formaban las siglas correspondientes a “Organización Para Uno Situar”, siendo su *motto* el de “Opus Dei qui tollis pecuniam mundi, dona nobis partem”. El lector español proveyo que también hubiera llegado a este punto -cosa que yo también le agradecería en el alma-, sabedor de lo que es una dictadura, se sonreiría y le contestaría hablándole de la censura y de su corolario, la autocensura. Contemos a este respecto una suculenta anécdota. Año 1969. Tras el restablecimiento del orden en una Francia desquiciada por los acontecimientos de mayo del 68, de Gaulle convoca un referéndum en el que por debajo o entre líneas del texto de las papeletas oficiales, pregunta a sus compatriotas si desean siga en el poder o por el contrario lo abandone. Gana esta última opción y de Gaulle, como aquel célebre Cincinnatus, volverá a su arado y se dedicará a escribir sus memorias. Mingote entonces dibujó a la acuarela un magnífico, agudísimo chiste, en que Franco, como una albondiguilla, dirigiéndose a esa estantigua de prominente nariz y tocada de quepis, que era el general de Gaulle, le dice mirando a lo alto -altísimo en este caso-: “Lo ves, por preguntar...” Es obvio que el tal chiste, por caricaturizar al dictador y por su satírica denuncia de falta de libertades (ese “preguntar”) no era publicable. Tan sólo lo mostraría Mingote a sus allegados.

3. Edificar sobre roca

Se ha criticado al maestro el que los pies de sus chistes fueran excesivamente largos y prolijos, frente a otros humoristas gráficos que poseen el secreto del laconismo eficaz, del pie que es tan escueto y tan eficiente como un eslogan. Sí, de los chistes citados previamente, así como de los que se señalarán después, puede uno colegir que el texto rebasa generalmente los sucintos límites ideales y objetivamente es así; ahora bien cabe contra-argumentar que los céleres escudriñamiento y penetración de la realidad, por parte de Mingote, son bastante más profundos que los de la mayoría de humoristas y que una frase corta, casi telegráfica, no baste y sea a todas luces imposible que satisfaga cuanto desea denunciar y expresar, que es mucho y llega al tuétano de las cosas, que es, en palabras de Rabelais, “substantifique moelle”, ésa que aparece tras quebrar el hueso. Mingote es además escritor, mas esto se abordará más adelante. Y sí, sus textos son demasiado largos para lo habitual y para las normas, pero es que Mingote edifica sobre roca, no sobre arena, y por ello, porque sus chistes permanecen y se leen con gusto y aprovechamiento muchos años después y son auténticas obras de arte, por todo ello hay que zahondar y echar buenos cimientos para evitarles el presente somero y el porvenir volátil de los de tantos otros que, como a María Sarmiento, al día siguiente, o casi, se los llevará el viento.

4. El humor de lo absurdo. Hay que hablar de Tono

Por otra parte, no olvidemos tampoco que hay también un Mingote humorista gráfico, el de, por ejemplo, “Hombre solo” o el de “Blanco y Negro” o el del actual “ABC semanal”, que crea un humor gráfico mudo, de un inalcanzable nivel, comparable cuando menos a los franceses Chaval, Sempé, Bosc o al argentino Quino. No se da aquí el Mingote que día a día satiriza la realidad más actual y palpitante, política o social, sino el Mingote, podríamos decir, metafísico que reflexiona sobre la condición humana, su fragilidad, su vulnerabilidad, su soledad radical y el carácter absurdo y siempre azaroso de la existencia. “Hombre solo” es Kafka en la esencia, Magritte -un Magritte de gran soltura- en el estilo y el Piranesi de “I carceri” en el contexto o paisaje. Y Ionesco en la intención. Y es que al hombre lo caracteriza y define sobre todo su desamparo, agravado metafísicamente desde el Romanticismo y vuelto inconmensurable desde las dos guerras mundiales.

Viene aquí al pelo una cita, que no deja de ser una de tantas paradojas “ramonianas”, de Ramón Gómez de la Serna, a propósito del humorismo: “...generalmente el que va a ser un día humorista comienza siendo un hombre dramático, que cuando iba a quejarse de su llaga interior le suspendieron lo que iba a decir suponiéndole lo que no iba a decir.”

Ionesco, el teatro del absurdo. La literatura de lo absurdo. Lo absurdo, en definitiva. Lo disparatado; lo onírico; la poesía desconcertante de la greguería; el exasperante *gag* o *lazzo* de repetición; la obsesionante presencia del *tormentone*; la confusión u homeostasis, más bien, de vigilia, sueño y más allá o, si se prefiere, de vivos, sonámbulos y muertos (siendo la muerte en realidad una vida distinta y con unos ritmos más pausados pues se vive/muere en términos de eternidad); la abolición primitiva, tanto en lo ontogenético como en lo filogenético, de las fronteras entre hombre y animal, entre racional e irracional; la magia revivida con la “omnipotencia de las ideas” freudiana y así los hombres, por ejemplo, acaban transformándose en rinocerontes pues al fin y al cabo hay poca diferencia entre ellos, o en “hombres-jabalíes” o “salvajes” tal y como ocurre en “Mulata de tal” de Miguel Ángel Asturias; las pulsiones destructivas hacia dentro y hacia fuera del hombre; y un largo etcétera. En definitiva, Pamplinas, Charlot, Harold Lloyd, Ben Turpin, el Gordo y el Flaco, Alfred Jarry, los hermanos Marx, Jardiel Poncela, Mihura, Totò, Juan Rulfo, Delvaux, el gran Ramón, Gutiérrez Solana, Prévert, Marcel Aymé, Joan Brossa, Beckett, Ionesco...



Mingote, como colaborador de la Codorniz desde 1946, baña en ese ambiente. Serán sus amigos Mihura, Edgar Neville, Herreros, Álvaro de la Iglesia, Gila, Evaristo Acevedo y sobre todo Tono, por quien profesa una admiración y una amistad sin revés. De Tono le cautiva la ingenuidad congénita, el ingenio natural, su creatividad verbal fruto de unas asociaciones mentales y lingüísticas fresquísimas y libérrimas (“continental y continencual”). Mingote no dejará de sorprenderse nunca ante esa especie de buen salvaje que es Tono, exento de maldad, siempre risueño, viviendo el presente, despreocupado, uña y carne con la vida, con el sol, con la alegría. Es uno de esos indios cordiales y bienintencionados de los que narra Cabeza de Vaca que, si no voy errado, por sólo ver caer al río desde una barca a un español, estuvieron riendo de veras durante varios días. Es la risa espontánea y caudalosa de la Edad de Oro. Tono es un primitivo en el siglo XX, una especie de Douanier Rousseau del humor, y por ello, tanto por su pródigo talante natural como por su falta de instrucción académica, por su carencia de parámetros académicos estándar, podríamos decir pomposamente, porque en definitiva es un *naïf*, ve lo que los demás no alcanzan y pone en evidencia lo ilógico, lo injustificado y lo ridículo de tantos hábitos y conductas nuestras, que nuestra percepción embotada por la rutina, la educación y la comodidad, nunca acertará a discernir. Mingote hará lo posible por asimilarse ese espíritu de Tono.

Tono es uno de esos españoles que, con Jardiel, vivieron en Hollywood trabajando en español para la industria cinematográfica americana. En un ágape, coincidió con Einstein. Ellos dos solos estuvieron en un rincón hablando largo y tendido sin que nadie osara interrumpirlos. Al deshacerse la conversación, le abordó un amigo español y le preguntó, picado por la curiosidad, que cómo había podido estar hablando tanto tiempo con el genio de la física y que de qué habían hablado. Contestó Tono: “De nada, yo sólo le decía que todo es relativo.”

Mingote querrá hacerse con ese tesoro que sólo la amistad de Tono puede brindarle y querrá “coger” su alegría como quien coge de “la alegre primavera el dulce fruto”, máxime cuando ese dulce fruto es en realidad el de la eterna alegría. Lo logrará a medias tan sólo porque es distinto y sabe de la amargura de tantas cosas, y su arte, por ello, no podrá menos de reflejarlo; como dice Cossío a propósito de don Antonio Bienvenida, “mostraba en sus grandes faenas el melancólico desengaño de su propia alegría.”

5. Mingote escritor

No olvidemos tampoco que Mingote ocupó un sillón en la Real Academia de la Lengua. Cuando su ingreso, invitó a la ceremonia a numerosos humoristas gráficos españoles para compartir con ellos este honor y reivindicar así el valor y la dignidad del oficio. Mingote en la Academia entre lingüistas y escritores, pero es que Mingote es también escritor.

Un ejemplo, extractado del relato corto: “Una vaca en la vía”:

-Verá usted, doctor... Yo padezco alucinaciones

-¡Eso no es nada! -exclamó el doctor-. Yo le curaré en un periquete. Uno de mis pacientes padecía la curiosa alucinación de escuchar todas las noches la Sinfónica de Filadelfia, ejecutando ruidosas chundaratas debajo de su almohada. Le puse en tratamiento y en dos semanas he conseguido que no oiga más que un clarinete que toca con sordina dentro del armario ropero. De modo que...

-No, no, doctor... No siga por ahí. Yo no he venido a que me cure las alucinaciones, sino a que me proporcione algunas nuevas, porque tengo cuatro repetidas...”

¡Caramba!, ¿no es esto Ionesco? Sí, al igual que el Gila de “¿Es el enemigo?” es el Fernando Arrabal de “Picnic” en versión de *sketch* cómico. Yo creo, modesta pero también sinceramente, que el escritor Mingote, como Neville, Gila, Chumy Chúmez, de la Iglesia, etc. e indudablemente Tono brillan a la misma altura que un Roland Topor, excelente artista, con la diferencia de que este último es francés y de que Francia es una potencia, cultural entre otras, que sabe colocar y vender lo suyo, mientras que nosotros somos, pues eso, los personajes de un chiste de Mingote.

La *boutade* tiene un mucho de absurdo arbitrario (en realidad todo lo absurdo es arbitrario) y un algo de eso que está tan de moda y que se llama provocación. Maestro indiscutible de la *boutade* fue Josep Pla, como cuando afirmaba, por ejemplo, en “El quadern gris” que los pueblos célticos son melancólicos por ser grandes consumidores de sardinas. También fue Julio Camba notorio inventor de *boutades*. Dice Mingote lo siguiente, al ser preguntado por su ciudad natal, Sitges: “No creo que haya mucha gente que haya nacido en Sitges, pero nacer en Sitges es importante; Sitges es una ciudad, un pueblo que inventó más o menos Santiago Rusiñol...” ¡Caramba, si parece que uno esté oyendo a don Josep Pla!, ¿o no?

Citemos otros pasajes humorísticos del escritor Mingote correspondientes a la colección de relatos breves “De muerte natural”. En el cuento “Katrina” se dice: “estaba yo una noche disfrutando del famoso espectáculo del rielar de la luna en el mar y viendo cómo las olas venían con un suspiro a morir en la playa una tras otra -aquello era una epidemia-“. En “Paco”, de la misma colección, se lee: “La noticia impresionó a los contertulios (son éstos literatos y artistas), en la medida en que algo pueda impresionar a escritores y artistas, tan impresionados por ellos mismos.” En “Adelita en su desván” se refleja la conversación siguiente:

-Según el astrónomo Normand... el sol tiene una temperatura de 5990 grados. Y en la estrella polar hay una temperatura media de 9800 grados.

-En la polar serán grados bajo cero, ¿no?

-Eso no lo dice.

Lo cual me trae a la memoria lo que afirmaba, muy serio, sin el menor atisbo de burla o ironía, un tío-bisabuelo mío que instruía a sus hijos: "Polo Norte, mucho frío; Polo Sur, mucho calor."



En ocasiones uno encuentra bellísimas frases de gran poesía preñada de ironía, como la siguiente: "... en su jardín, la muchacha dejaba que la melancolía la inundara como deja Egipto que lo inunde el Nilo." ("Adelita en su desván"). En otras, como en el siguiente pasaje extractado también de "Adelita en su desván":

Su madre le reprochaba el tener demasiada curiosidad para una señorita bien educada... El amor de Heriberto fue la gran revelación para Hortensia y su curiosidad por todas las cosas en general disminuyó considerablemente, pues ya había aprendido lo más importante, y lo demás que pudiera aprender le importaba un pimiento.

Mingote expone intuitivamente y con mucha gracia el aserto de Freud por el cual el origen y motor de toda curiosidad humana -científica, artística o de cualquier otra índole- es la curiosidad sexual y que tan bien ilustra en su glosa de la figura de Leonardo da Vinci.

En el cuento "El fin del caballo de Troya", perteneciente a "De muerte natural", se imponen el desengaño, el escepticismo y el sentido común más iconoclasta, una vez desenmascaradas las oficiales prosopopeyas épica y retórica grandilocuentes del poder; sí, pues Diómedes, dentro de la panza del caballo de madera, ya intramuros y a la espera de que llegue la noche para abrir las puertas de Troya a sus conmitones, los aqueos de largas crines, se convence de que esa guerra es una guerra comercial, que hay que asolar la ciudad asiática para que la oligarquía griega pueda dominar económicamente aquella parte del mundo y así el héroe acaieno llega a preguntarse, contestando tácitamente en afirmativo, si todo ese fregado no tendrá como fin último más que "sacarles las castañas del fuego a los especuladores". Chasco heroico. ¿Conocía Mingote el cuento de Alejo Carpentier titulado "Semejante a la noche"? En él un miceniano, tras una primera exaltación patriótica excitada por la propaganda oficial y el vino gratis, pagado por quienes mandan, una vez embarcado rumbo a Troya, con la cabeza y el alma frías ya y el cerebro lúcido por fin, se preguntará también si detrás de aquella epopeya que se está preparando, lo que se esconde no serán en definitiva más que "muchos negocios que en nada beneficiarán a los combatientes de poco más o menos" pues en realidad se trataría "sobre todo de vender más... y de abrirse nuevos caminos hacia las gentes asiáticas, acabando de una vez con la competencia

troyana”; caerá además en la cuenta de que los jefes y los ricos viajan “en la nave más velera y de mayor eslora.” Tanto en Mingote como en Carpentier, la gesta, la épica es tan sólo “ideología”.

El relato de tema taurino, “Pirulero” (uno de los que conforman la colección de relatos breves “De muerte natural” y que conocerá una segunda versión tan amarga como esta primera en “El caer de la breva”), inspirado en la bella leyenda de la Antigüedad romana “Androcles y el león”, es, dentro de las situaciones ridículas que pone en juego y de su tremendismo tan cómicamente desafortunado, profundamente triste. Una vez más la corrida es metáfora de la vida y, tanto en aquélla como en ésta, al igual que en una tragedia griega, nadie puede escapar al papel asignado ni a su destino.

Tras las citas, ¿cómo definir al Mingote escritor? Luis Alberto de Cuenca lo califica de excelente, si bien, porque no se puede brillar por igual en todo, Mingote no escribe como dibuja, ciertamente; el Mingote escritor no es el Mingote humorista gráfico, que es un primerísima fila, un portento, un milagro; sin embargo a lo expresado con contundencia por de Cuenca remitimos.

Cabe situar sus textos dentro del humor del absurdo, ajeno a todo psicologismo consciente o voluntarista. Prima en ellos la fantasía; buscan la sorpresa, lo insospechado e inesperado, lo desconcertante. Su estilo es fluido, alejado de todo fárrago, retórica o intelectualismo, ajeno a todo conceptismo o culteranismo. Su humor no es el ingenuo o angelicalmente absurdo de Tono; no fluye con la espontaneidad de la risa infantil. Mingote es un adulto con un fondo evidente de tristeza y pesimismo y sus escritos traslucen una melancolía entreverada de ternura. Los finales suelen ser agrios o, más bien, agridulces por la empatía y comprensión del autor hacia la fragilidad del ser humano. El cariño parece salvar a los personajes, si bien no siempre de la muerte o la desaparición, sí al menos, en última instancia, del olvido o el abandono y si los dioses nos son indiferentes o incluso adversos, nuestro prójimo, nuestro congénere, puede convertirse también en hermano.

La indiferencia o inquina de los dioses... es una manera de hablar pues no hay en su obra trascendencia alguna ya que a la postre el hombre se muestra desnudo, inane e inerme ante su insoslayable destino final de soledad radical. Todo ello, por otra parte, tinto en nostalgia, siendo ésta el madero que agarra el náufrago en el piélago adverso de la vida. Mingote no cree en el progreso. ¿Cómo puede creerse en el progreso moral del hombre, que es a la postre el único progreso? No, Mingote es un escéptico... compasivo.

“Adelita en su desván”, escrita con más de setenta años, es una novela, amén de muy divertida, deliciosa, esbelta, con una elegancia y un poso amargo que, en mi opinión, la hermanan con la obra, sobre todo la teatral, de Alfred de Musset. Hay más: en “Adelita en su desván” se aborda con humor y poesía, y con gran delicadeza también, la sexualidad femenina; la aproximación a ella se lleva a cabo, insistamos, con gran simpatía y elegancia, sin groserías ni escabrosidades ni chistes fáciles –Mingote no es ningún puritano ni ningún gazmoño, afortunadamente, pero sí es pudoroso-, sin hipocresías, sin machismos, sino con afecto, comprensión y aceptación franca de la “realidad de la fémina”. El gran medievalista Georges Duby, en su estudio crítico del “Roman de la Rose”, establece cómo Jean de Meung, continuador y segundo autor de la novela, pone en pie de igualdad afectiva (y sexual) a hombre y mujer frente al amor cortés, “intoxicado de Lanzarote”, que sublima el deseo del hombre e ignora las necesidades de la mujer, y algo bastante similar podría afirmarse de la literatura posterior, al menos hasta el realismo decimonónico. Jean de Meung es un anti-Lanzarote. Mingote, en su “Adelita”, sería un anti-Bécquer y no es por ello casual el que, satíricamente, se citen en su novela las rimas aquellas de Gustavo Adolfo en que se presentan dos mujeres reales, carnales, una rubia y una morena, que

pierden la partida ante la “etérea” e “intangible”, ese “vano fantasma de sombra y luz”, fantasmagórica, bovaryana, que se erige en objeto de elección predilecto del poeta y de su enfermo romanticismo (y no sería romanticismo si no contuviera la enfermedad). Carlota y Adelita son adolescentes muy distintas despertando al amor, que es tanto como decir al sexo y reaccionando ante él diversamente; la tía Hortensia es la mujer madura, libre, desinhibida, franca, sazón de la carne lúcidamente voluptuosa. Con un laconismo casi de aforismo, escribe Mingote: “Ella (la tía Hortensia) había aprendido que el amor es maravilloso. El matrimonio no le interesaba”, obviando el evidente “ergo” que une ambas frases. Recuerda aquella afirmación burlona de Lord Byron según la cual “Marriage is to love what vinegar to wine”.

Mingote se encuentra en las antípodas del quimérico romanticismo, al que opone la realidad sana, cuerda y sin afeites.

Cabe afirmar también de “Adelita en su desván” que es “novela de mujeres”; los hombres son actores secundarios, por ser tan primarios e incluso el propio noble hechizado, protagonista aparente de la novela, no es más que un juguete, un pobre pelele, en manos de las mujeres.

El estilo de Mingote es con frecuencia contundente en su parquedad expresiva. Así, por ejemplo, en el cuento “Caná”, perteneciente a la colección “El caer de la breva”, en que se narra el primer milagro de Cristo según San Juan con un final sorprendente a la conclusión de la boda: “... cumplido ya el milagro e innecesaria la mudanza, el agua había recuperado su verdadera naturaleza”. Parco el estilo como parcos y parsimoniosos, que no cicateros, han de ser los milagros.

Y siempre ironía, una de las mayores virtudes de Mingote. “... y amables diosas como Tanit, involucrada en los tejemanejes de la reproducción, cosa que siempre ha merecido la atención de los primitivos desde muchos siglos antes de que se inventara el subterfugio del amor.” Ironía y escepticismo se confunden en su obra.

En definitiva, al Mingote escritor hay que tomarlo en serio. A ello nos vamos a aplicar también en el siguiente capítulo.

6. El caer de la breva. Surrealismo.

Mingote publica con más de noventa años “El caer de la breva”; ello, no obstante, no significa que lo haya escrito con esa edad pues posiblemente se trate de relatos redactados a lo largo de su existencia y luego recopilados y corregidos y remodelados e incluso abreviados, en lugar de aumentados, para esta nueva colección; así, por ejemplo, el soneto del apareamiento, truncado a la fuerza, de las moscas, “Soneto del amor destruido”, es muy anterior, mientras que algunos cuentos son una refundición de historias que conformaban colecciones de relatos breves anteriores, como es el caso del toro “Pirulero” o del relato de la caída de Troya o del que lleva por título “Novela negra”. Todos ellos aparecían ya en “De muerte natural” y aquí se presentan de distinta manera.

La novedad consiste esta vez en la forma y es que los cuentos nunca superan la extensión de dos páginas -son realmente breves- y todos y cada uno de ellos se acompaña de una ilustración *ad hoc*, con lo cual ambas expresiones, tanto texto como dibujo, ostentan una importancia pareja. No ocurría así con, por ejemplo, “Adelita en su desván”, auténtica novela con algunas ilustraciones que, por otra parte, no eran del propio Mingote, sino seleccionadas por él a partir de grabados y dibujos del “Blanco y Negro” de principios del siglo XX. En “De muerte natural”, cada cuento, más largo, llevaba en general más de una ilustración. El esfuerzo y voluntad de

condensación e intensidad, tanto por lo que se refiere al texto como por lo que hace al dibujo, informan, claramente, “El caer de la breva”.



El espíritu que alienta en esta colección es el surrealista, con sus situaciones absurdas, su recurso al onirismo y a la irrealidad, la presencia del humor desconcertante, etc., exhibiendo en conjunto y a la postre una visión fantástica y superadora de la realidad (tal y como se entiende habitualmente este término), esto es una visión *superreal* o *suprarreal*, que es mejor traducción de *surréaliste* y que es el término que, con mayor propiedad, emplean Ramón y Octavio Paz.

El libro es surrealista, sí, y así pues Mingote lo es aquí y también en gran medida en gran parte de su obra. Ahora bien, se ha definido y explicado tan mal lo que es el surrealismo y semánticamente se ha abusado tanto de él, desvirtuándolo (como, por otra parte, se ha dado también con las palabras y los conceptos de “romanticismo” y “fascismo”) y devaluándolo, asimilándolo ignorantemente a kafkiano o absurdo o disparatado o increíble o tonto e incluso cretino, en definitiva se ha reducido tantísimo, que cabe precisararlo mucho mejor y definirlo o describirlo con mayor rigor.

Digamos que hasta los descubrimientos de Freud y las formulaciones teóricas del psicoanálisis en su estudio e interpretación de los sueños, esa “vía real del inconsciente”, el arte -como no podía ser de otra manera-, al tener limitada la percepción de las cosas, de la vida y de la realidad, ofrecía una visión parcial, mutilada, de la existencia. El arte renqueaba indefectiblemente pues se había alienado, expulsándolo fuera de su propio ámbito de acción, una parte considerable de lo constitutivo de la esencia del hombre, que es todo aquello que vive fuera de las fronteras de la razón y que se manifiesta en los actos fallidos, en los sueños, en las ensoñaciones e imaginaciones varias, en lo prohibido moralmente, en lo mostrado y “activado” por los estupefacientes, en las conductas mórbidas, en la locura, mas también en el mundo de la magia, el folklore y tantas creencias populares. El surrealismo no pretende abolir la razón, pero rechaza limitarse a ella, por constringente y porque sólo dice una parte de la verdad. Y como la realidad, tal y como se conoce, no lo es todo ni mucho menos y además oculta, oprime e impide la manifestación del mundo inconsciente, el surrealismo aspira a crear una realidad más generosa que aúne e integre en un todo coherente cada uno de los niveles, estados y estadios del intelecto, del afecto y del deseo, que el hombre atesora. El surrealismo quiere alcanzar la plenitud humana integral, restituir al hombre, para su disfrute cabal y su “completud”, las partes reprimidas y alienadas y por ello, como el arte se mostraba hasta entonces tullido, el

surrealismo anhela uno distinto que abarque y comprenda todo, devolviendo así al hombre a la armonía verdadera. Los monstruos, los hasta entonces monstruos, dejarán de ser tales y se integrarán en una visión de largueza y magnanimidad como nunca se habrá visto, exenta de represión, cimentada en la libertad total; se trata en definitiva de ese “cambiar la vida” que proclamaba el vidente Rimbaud. Se supera así la mezquina “realidad”, la que se ha entendido y definido como tal, para alcanzar la *superrealidad* o *suprarrealidad*, más acertadas traducciones, tanto en el espíritu como en la letra, del término original francés, como se señaló más arriba.

Y ya puestos a desalienar y a liberar, el surrealismo quiso desembocar en la escena política y abrazó el marxismo a instancias de André Breton, pero eso es ya harina de otro costal y no cabe aquí.

Hecha esta aclaración, pasemos a comentar el libro en cuestión.

“No caerá esa breva”, es decir lo que deseamos ardientemente, tanto que casi nos atemoriza; no se realizará, es imposible y a la postre, mezquinamente, ello nos tranquiliza; pues bien aquí, mediante el humor de Mingote, sí cae esa breva que es la de la superrealidad. La literatura es “omnipotencia de las ideas” y mientras leamos sus páginas y veamos sus dibujos, y luego, con el poso que deje esa lectura, alcanzaremos la libertad anhelada que nos brindaba esa breva que no acababa de caer, viviendo en un mundo más ancho, más pleno, mucho más que el que nos encorsetaba mediante la “razón racionante”, que decía Unamuno.

En los años sesenta del siglo pasado, en la primitiva televisión española, había un programa de humor, compuesto de episodios breves independientes entre sí, titulado “La tortuga perezosa”, que, en gran medida, bañaba en las aguas de “La Codorniz” y es que, si no voy errado, Álvaro de la Iglesia era su director. He buscado en Internet, pero posiblemente debido a mi torpeza, los resultados han sido bien magros e inciertos. De esa búsqueda creo tan sólo poder deducir que Chumi Chúmez era co-guionista con José Luis Coll. De lo que sí estoy casi seguro, por mis recuerdos, es de que en dicho programa participaban como actores, entre otros, los que luego se harían tan famosos como pareja cómica disparatada: Tip y Coll, así como unos jóvenes Luis Varela y creo que también Manuel Galiana. Yo era por aquel entonces un niño muy niño y por tanto mis memorias son bien vagas e imprecisas; sin embargo, creo que puede establecerse un ligamen entre aquel programa y su tipo de humor, por un lado, y “El caer de la breva”, por el otro; y si es cierto, como parece serlo, que en “La tortuga perezosa” trabajaban Chumi Chúmez y Álvaro de la Iglesia, la relación queda más que justificada.



“La tortuga perezosa”, según me relata mi hermana, acababa siempre de la siguiente manera: una norteamericana, al parecer la mujer de Álvaro de la Iglesia, se dirigía a los televidentes y les decía: “Al César lo que es del César, y a Dios hasta la semana que viene.” Recuerdo también, porque mis padres lo celebraban mucho, una parodia de los títulos de crédito de las películas de Hollywood y que consistía en añadir al “starring” y al “co-starring” un “co-co-starring”. Me viene a la memoria otro episodio, parodia de los *westerns* de antaño, en que un forajido amenazaba a alguien con su revólver, pero surgía enseguida otro detrás de él, a su espalda, que lo desarmaba, para a continuación ver aparecer a un tercero que desarmaba al segundo y así sucesivamente un cuarto, un quinto, etc. y aquello era el cuento de nunca acabar, con lo cual esas convenciones de *western* se convertían en pesadilla kafkiana, en esa puerta que da a otra puerta y ésta a otra y así por toda la eternidad. Me viene a la mente asimismo un episodio, con todas las trazas de haber sido ideado por Álvaro de la Iglesia, en que en un avión viajan con destino a la vida un grupo de seres pre-natales, pero bajo apariencia física de adultos. No se les ve muy convencidos del futuro que les espera y pasan a exponer por adelantado todos los inconvenientes de la existencia. Uno de los viajeros a bordo, por ejemplo, contrariado ya por lo que habrá de ser, dice rezongando: “Y ahora, todos los días, a lavarse los dientes...”

Más consideremos ya más detenidamente el libro en cuestión, en algunos de los diferentes cuentos que lo forman.

- La fantasía se confunde con la realidad, hasta quebrar ambas su diferenciación y fundirse, dando lugar, como ya se ha dicho, a una nueva realidad. Otra cosa no hará Buñuel en sus películas, injertando el sueño (y por ende el deseo) en la vigilia. Y así lo hará Mingote en “La mujer del hombre invisible”, pero rizando el rizo al propiciar que la fantasía tome carne, literalmente, tanto que la mujer protagonista dará a luz un hijo que es prueba fehaciente de la infidelidad radical del deseo, lo más opuesto a la constancia, y también, claro está, de la infidelidad de la fantasía, su necesario corolario. Resuenan las palabras de André Breton: “Chère imagination, ce que j’aime surtout en toi c’est que tu ne pardonnes pas.”
- Vigilia y sueño interpenetrados: “Soñador” halla su *pendant* en un relato de “De muerte natural”, aquél que lleva por título “Soñar acaso”. Al surrealismo más ortodoxo, si así de paradójico puede uno expresarse, Mingote añade el gracejo del costumbrismo español y el espíritu alegre y desenfadado del vodevil más clásico.

Hortensia volvió tres semanas después, desilusionada y arrepentida, pidiendo (y obteniendo, pues buena era ella) el perdón de su marido.

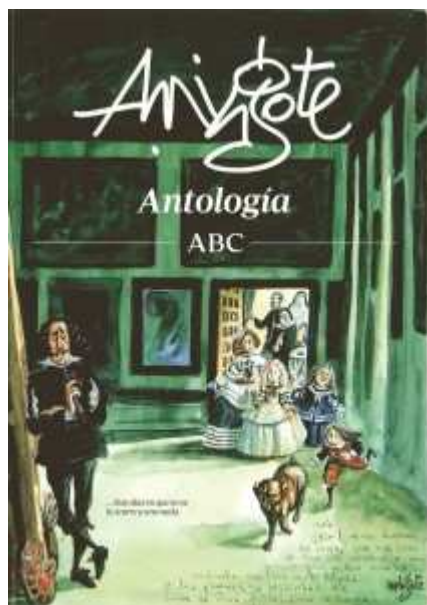
Camilo, con sus facultades oníricas arruinadas para siempre, trabaja como portero en un club de alterne.

Es que pasan cosas...

- “Gaviotas” recuerda inevitablemente a “Los pájaros” de Hitchcock, mas también a alguna de esas pesadillas de E.T.A. Hoffman, en que riadas de seres malévolos, torrencialmente, asedian y acometen. La amenaza latente que acaba por manifestarse, la pesadilla que agita al durmiente durante el sueño como la tormenta el esquife y luego, una vez despiertos, nos arroja, náufragos ya, en la playa desolada de la desazón existencial. Como en el cuento anterior, Mingote tiñe el relato de costumbrismo, desdramatizándolo así, al recurrir, dado su contexto taurino, a la castiza expresión -pero sin nombrarla o citarla textualmente- de “división de opiniones”.

- Se da también esa inquietud desoladora, cavilosa, casi agorera, en el cuento del eminente químico cuya pesadilla respecto a su bella mujer se vuelve realidad en cuanto que despierta y su cónyuge comienza a decirle, casi palabra por palabra, lo mismo que en el sueño.
- “El hombre que susurraba a los desconocidos” es, para mi gusto, de lo mejor. Es inquietante el personaje y ello a pesar -o quizá por ello- de su apariencia anodina y de que su mezquindad sea de bajos vuelos pues no se trata de un criminal y sólo aspira a infligir daño limitado a los demás; y, sin embargo, se erige en figura muy desasosegadora por cuanto el azar y la propia maldad intrínseca de cosas, personas y vida en general, transformarán sus puyas y sus emponzoñadas sugerencias cargadas de sospecha que angustian a la víctima de sus aproximaciones susurrantes, en auténticos crímenes. Se trata de un personaje diabólico, de gran ambivalencia, muy desconcertante por ello, que repele y atrae a un tiempo. Aparece en dos ocasiones, en los dos relatos a él dedicados. Sabia administración homeopática, que nos hace desear más y no colmar nunca ese deseo.
- Ya en “De muerte natural” Mingote rendía homenaje a Velázquez y a sus “Meninas” en el relato “Como todas las tardes”. En “El caer de la breva”, dan fe de la admiración de Mingote por el pintor los cuentos “Madrid 1655” y aquel otro, sin título, en que los borrachos posan para el maestro. En este último, con gran humor, se desacraliza y rebaja a los modelos, reduciéndolos a la canalla que son en realidad, yendo desde la tela a la carne, en el movimiento inverso al arte que, llevando la carne al lienzo, la idealiza. Acaba la narración con Velázquez dirigiéndose a quienes posan para él. “Mañana aquí a las nueve en punto. Y serenos.” En el primero, con sumo donaire (pues Velázquez, inada menos que el grandísimo Velázquez!, fracasa en su intento de realizar el retrato-robot de un homicida que ayude a la justicia a su captura) se pone en evidencia, y se reivindica además, la absoluta necesidad de la gratuidad para el arte. Su aplicación utilitaria, su funcionalidad, lo desvirtúan y devalúan sin paliativos. El arte está para llenar otras cosas, muy superiores.

Es también este cuento, por otra parte, un ejemplo de buena utilización cómica del anacronismo, que, tratado adecuadamente funciona siempre, mientras que expuesto con desatino, se hace insufrible. A propósito de Velázquez, recuérdese ese bellissimo chiste de Mingote, a la acuarela, en que se reproduce la magnífica estancia de “Las Meninas”, con sus personajes antes de posar (si bien el enanito Nicolasito Pertusato ya se dispone a arrearle una patada al viejo mastín, trasunto de las que él habrá recibido por parte de criados y cortesanos en el Alcázar Real), en que un cariacontecido y amohinado Velázquez se dice: “Hay días en que no se le ocurre a uno nada.” Dicho chiste es, desde el punto de vista técnico, una bellissima síntesis de las “Meninas” velazqueña y de su reelaboración e interpretación picassiana.



- La carta que Atila (“Atila a su madre, en Panonia”) dirige a su madre es succulenta en esa justificación de sí mismo y en sus desmentidos ante las graves acusaciones que se han vertido en su contra, los sambenitos que le han colgado al pobre y el auténtico descrédito de su persona por parte de la historia cuando lo único a lo que aspira este buen hombre es a conquistar la ciudad de París para correrse una de esas francachelas de las que es tan afamada.
- Aquel cuento en que ella y él tropiezan al salir uno y entrar el otro en el ascensor y no volverse a ver nunca más cuando en realidad -pero ellos, ambos, lo ignoraban- habían nacido el uno para el otro, es de una gran belleza y retrata verazmente el poder de los prejuicios para esterilizar, empobrecer y amargarnos la existencia. Por otra parte, reaviva en mí un muy remoto recuerdo infantil, precisamente de un episodio de “La tortuga perezosa” en que, sentados en ambos extremos de un banco público, había un muchacho y una muchacha. Suspiraban ambos, enamorados. Una voz en off los describía y acababa diciendo algo así como: “Estaban hechos el uno para el otro; por desgracia... (y entonces, recurriendo a los trucos mágicos del cine, la imagen hasta entonces única, se rompía en dos partes iguales de tamaño, pero alusivas a realidades y lugares distintos) ... él vivía en Toronto y ella en Bratislava.”
- “Nada”, en la línea de algunos chistes de “Hombre solo”, los más desazonadores, es tan angustioso como Kafka y percute más que un Topor. Se trata de la desaparición, por progresiva más ansiógena, de las cosas y del que piensa y narra.
- Se dan también auténticas maravillas de casticismo lingüístico y psíquico. En la “carta de Samuel Levinstein, desde el Sinaí, a Piphó Pirámido, en Tebas”, leemos: “Querido Piphó: Recordarás que prometí matarte en cuanto te viera... (entre medias Moisés ha recibido las Tablas de la Ley) ... el quinto mandamiento dice: “No matarás”, así es que no te extrañes de que, en cuanto te eche la vista encima, te pegue una bofetada en lugar de matarte como había jurado. Aunque espero que sea una bofetada de la que te acuerdes toda la vida.”
- “Cuento de hadas” tiene el final inesperado y sorprendente del mejor relato surrealista de humor, mas además con una parquedad de medios y de palabras admirable.
- Los relatos del detective Víctor Pocket, paródicos de las inteligencias deductivas de un Sherlock, un Poirot, un Maigret, un Lupin o un padre Brown, bañan, volando a gran altura, en esa crueldad surrealista que es la indiferencia y frialdad desde la cual, en algunos sueños, se consideran las mayores atrocidades: la a-moral y la a-conciencia del mundo onírico, de la que participan el tierno infante, el animal y el psicópata.

- El relato del escultor es una jocunda y a la vez áspera versión del mito de “Pígalión” y posee, entre otras, esa virtud de lo cómico consistente en desnudar de oropeles lo magnificado, rebajar lo ensalzado y en definitiva igualar todo y a todos por lo bajo, en lo triste de nuestra condición mortal. Lo cómico como la Joyanca. Dado lo brevísimo del cuento, no nos resistimos a la tentación de transcribirlo aquí:

Quedó el escultor tan satisfecho de la perfección de la escultura y el realismo del retrato que, tomando la maza, golpeó con ella la frente del retratado y ordenó:

- ¡Habla!

Y la escultura habló.

- ¿Y qué dijo?

- Dijo: “¿Por qué no golpeas con la maza la frente de tu padre, rico?”

(Reproducimos la ilustración que tan bien refleja la indignación del busto, la sorpresa del artista y lo insospechado de la situación.)



- El cuento del hipopótamo desdibuja y borra incluso la frontera entre hombre y animal, como se da en los cuentos infantiles -el tiempo aquel en que los animales hablaban- y es ello tierno, mas la ironía del adulto le otorga una dimensión más profunda. Eso es surrealismo: ternura primitiva y perspicacia en el ingenio. Eso es Mingote también, decididamente.
- “El neurótico”: vuela y flota como lo hacemos todos en sueños, placentemente, pues representa este acto, según Freud, la excitación sexual. El neurótico es imprevisible y desconcertante hasta que descubre que puede volar y “esa nueva habilidad le produjo tanta satisfacción que se propuso no dar la menor prueba de anormalidad que pudiera denunciarlo” y así, para que no sospechen ni descubran su secreto pues ello supondría catalogarlo desde la neurosis hasta la locura y a la postre encerrarlo y entonces ¿a ver cómo se emprende el vuelo?, el neurótico se ve constreñido a la normalidad más convencional y conformista incluso. Así, la noche seguirá siendo suya. “Y es lo que decían los vecinos: "Gracias a Dios ese hombre ha recuperado la normalidad." Y es que surrealismo es también el contrasentido de la paradoja.

- El relato del congreso de otorrinolaringología aborda, jacarandoso, la coincidencia inmediata, el azar insospechado y oculto, esto es el inconsciente con su lógica, arcánica sí, pero inapelable, certera y justiciera. “Pero íntimamente él (se trata de Ceferino Bermúdez) sabía que lo sucedido era, por lo menos, bastante raro.”
- “Por fin soy libre” es la versión surrealista del “Vin de l’assassin” de Baudelaire y así, frente a la desesperación del vesánico individuo que, tras el crimen, quiere anegar su remordimiento en alcohol y aniquilar la conciencia ahogándola en la borrachera, aquí se impone la humorada desenfadada y amoral, desembarazado el acto liberador de toda consideración y juicio morales. No cabe el remordimiento. “Desde que estoy en la cárcel por haber estrangulado a mi mujer, ¡soy libre!”
- “Mari Pili” bebe del humor de Tono, se alinea con ese

-Don Venancio, ¡qué cambiado está usted!

-Pero si yo no soy don Venancio...

-Pues más a mi favor.

- El cuento del fornido caballero aquejado de muy extraños y variopintos dolores físicos se hace desde la “mala fe” literaria, que consiste en tomar al pie de la letra, desde la fingida ingenuidad, lo que otros han dicho o escrito. No es fácil esta técnica en la que brilló sobre todo Voltaire y hoy en día Albert Boadella.
- Aquel cuento del señor que sale de una casa en Madrid y aparece en Castellón recuerda al relato de aquel loco amigo mío que cayó a un pozo y apareció en Córdoba. Es, por otra parte, uno de esos bellos sueños encantados, misteriosos, apacibles, que brillan con una luz que es áurea y transparente y lejana, en que todo parece flotar o al menos ser livianísimo, esa luz que recrea Miguel Ángel en las carnes lozanas de los bienaventurados que ocupan el fondo del tondo Doni, en las que, a la vez, se refleja la dicha de la atmósfera y la felicidad de la carne se espeja en el aire. Y es que el protagonista acaba de vivir una experiencia amorosa que lo ha transportado al séptimo cielo y su realidad personal es ahora otra, más plena, más intensa, muy feliz, y ello le llevará desde la meseta al mar soleado.

Hay una ilustración, la de “Decimonónica”, que vale un potosí y que nos remite no ya sólo a nuestros grandes novelistas del XIX, sino sobre todo, por ser imagen, al “Tristana” de Buñuel. Toledo, ciudad sagrada sin llegar a ser levítica como pueda serlo Ávila (tal y como la muestra Delibes en “La sombra del ciprés es alargada”); Toledo, ciudad adusta sin ser triste como pueda serlo Soria (la “Muerta ciudad de señores...” de Machado). El Toledo pintoresco: exigüidad, teja, ladrillo, mampostería, rejas conventuales. Sobre el adoquinado de una de sus casas, en una perspectiva ascendente, la de las cuestas por las que trepaba Bahamontes de jovencito, discurren de mujeres venales y de casas de lenocinio dos varones cabales y honrados. “Viejas, cristianas, entrañables ciudades españolas.”

- “Fantasma” es un bello cuento vindicativo de la mujer. Expliquémonos. El Decamerón, los Cuentos de Canterbury, las Mil y Una Noches, ¿qué son, ateniéndonos a su intención, sino válvulas de escape de las pulsiones amorosas reprimidas frente a una sociedad autoritaria y rígida, dominada por los prejuicios eclesiásticos y la moral más constringente? ¿No son además auténticos desquites de la mujer, oprimida, malmaridada y negada permanentemente por un mundo que le reserva el papel de comparsa y le marca siempre, desde fuera, la pauta de conducta? Sin adulterio, no habría literatura. Engañando al cónyuge, la fémina se desquita de la autoridad marital y

parental, reivindica como puede, de la única manera que puede, la libertad y el amor y restablece el equilibrio y el curso natural de la vida. La primavera reburdea por la primavera.

Así, habiendo envenenado al marido que era un pelmazo, Hortensia no puede entregarse como tanto deseaba, al amor de la carne pues siempre que la coyunda con el amante está a punto de darse, se le aparece el fantasma del posma del esposo y le agua la fiesta... pero recuerda ella al fin que el marido sufría de fobia a las alturas y a los ascensores, viéndose obligada por ello a vivir en un entresuelo privado casi de luz, cuando a ella le privan los áticos inundados de sol. Así es que Hortensia decide dar libre curso a su rijo femenino ien el ascensor! Con el consiguiente desvanecimiento del fantasma. Una vez más el ingenio del oprimido, que es la riqueza del pobre, ha triunfado, tomándose la tan merecida revancha.

Ahora Hortensia se ha mudado al ático, y cita a sus amantes (¿habrá que llamarles novios en su nueva situación?) en la puerta de la calle.

Los vecinos se quejan de que abusa del ascensor, siempre subiendo y bajando, bajando y subiendo...

Eso es el amor en definitiva: un sube-baja repetido (sube-baja, sube-baja, sube-baja y así sucesivamente) y “quien dijere lo contrario, miente.”

Al hilo de lo anterior, digamos que el auténtico humor pone en solfa toda la retórica política y religiosa, por hipócrita, reduciéndola *ab absurdo* a lo esencial, tangible e ineludible de la vida, esto es los impulsos físicos, lo primario de la conducta humana, que es conducta animal. Un magnífico ejemplo de ello lo encontramos en un párrafo del “Boule de Suif” de Maupassant, en el que las palomas -y paloma es idealizada representación no ya sólo de la Paz sino de la divinidad, del Espíritu Santo- se dedican a sobrevivir de manera no muy airosa: “mientras un ejército de palomas blancas, pavoneándose al abultar sus espesas plumas... paseaban gravemente entre las patas de los seis caballos, buscando la vida en el estiércol humeante que iban esparciendo.”

- También, frente a las versiones oficiales y autosatisfechas, casi pertinaz en su visión no muy halagüeña de la especie humana y de la existencia, el humor contrapondrá, denunciándola, la mezquindad general de nuestros afectos y de nuestro comportamiento social, exento las más veces de caridad. Así, “1835” pone en evidencia la contradicción del bandido Luis Candelas, “que nunca manchó sus manos de sangre”, cuando tras percatarse de que un golfillo acaba de robarle el reloj, se exclama: “_ ¡Es para matarlo!”
- El humor es pues desacralizador (y en ocasiones irreverente) y devuelve a la escala humana lo sobredimensionado. Es, ni más ni menos, ese sentido común, un tanto pedestre, que no puede creer en milagros. Así, en “Caná”, deshecho ya el festín de la boda, el vino que quedara vuelve a su primera naturaleza de agua. “Refunfuñó el maestresala: -Milagro, milagro... ¡Mucho truco es lo que hay!” Me viene a la mente mi suegra que se dice católica y es practicante, pero dice no creer en la Resurrección. (“¿Quién puede creer que lo muerto resucite?”) ¡Pobre San Pablo!
- En “Belén”, los pastores que acuden a adorar al Niño y que por tanto han sido visitados previamente por los ángeles y son pues, a todas luces, bienaventurados, al cabo de los años acabarán por convertirse en unos de esos mercachifles que mancillan el templo de Jerusalén con sus tenderetes y a los que Cristo habrá de expulsar con cajas

destempladas. “Llegaron a ser ricos, se olvidaron de los pobres, explotaron a sus sirvientes y empleados, vivieron en la molición y cayeron en el vicio. Fueron despreciados por la vecindad.” Una verdadera lástima. ¿De qué les aprovechó su encuentro con el Dios Niño? Jesús fue fugacísima estrella en sus vidas, más aún mero espejismo. No está hecha la miel para la boca del asno. “No deis las cosas santas a puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y revolviéndose os destrocen.”(Mateo 7, 6), o como dirá San Pedro (2, 22): “El perro vuelve a su vómito y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.” Al fin y al cabo, ¿no somos todos cerdos, o cuando menos perros? Sin entrar ahora en trascendencias o capacidad de trascenderse, apelando únicamente al buen sentido más material, práctico y miope, negando en definitiva todo ideal y posibilidad de idealismo (“¡Déjate de romanticismos!”), le espetaba, en una película de Fernando Colomo, un señor feudal a su hija lánguidamente enamorada), a Cristo no hay quien lo siga, exige demasiado y no tiene en cuenta nuestra limitadísima naturaleza. Y es que muchas veces el humor, que no es infalible, no puede ser más que humano, ruinmente humano y negador de lo divino... hasta el punto de que, en esta perspectiva, cabría afirmar (con humor, está claro) que San Pedro, por tres veces antes de que cantara el gallo, fue gran humorista. No olvidemos la cita de Ramón, aquella en que alude al primer impulso dolido del humorista, a su “llaga interna”, que luego se malinterpretará. Y en definitiva, tras auparlo por las cuevas de Jerusalén aquel Domingo de Ramos, unos días más tarde aquellos mismos hinchas pedirán que se dé suelta a Barrabás. El humor nos señala permanentemente nuestra querencia a Barrabás; no la reivindica, no la exalta, no, sencillamente la señala como desmentido desde el sentido común a la mentirosa retórica y al discurso oficial y en definitiva a la autoridad. Como el bufón que recuerda al monarca su condición mortal, el humor ha de mostrar la fragilidad del poder y de los poderosos.

- “Noé” es relato desacralizador por cuanto nos presenta al patriarca como un individuo inflexible y reglamentista, incapaz de ponerse en la piel del prójimo y condenando así al pobre gallo a la monogamia, tan contraria a su naturaleza. ¿No se erige aquí Noé en símbolo por excelencia de la religión, de toda religión, cortándole las alas al deseo y a la libertad con la asechanza de un sinfín de prohibiciones, amenazas y castigos?

-Mi pareja son dieciséis, según mi naturaleza -manifestó orgulloso el animal, porque entonces los animales tenían orgullo.

-¡Pues según yo, tu pareja es una sola gallina! -remachó Noé con la autoridad de un capitán de barco...

Pero antes de entrar en el Arca lanzó al viento su protesta. Fue un grito agrio, violento, destemplado, dolorido.

-¡Qui-qui-ri-quí! (En arameo antiguo, qi-qhi-rhi-quy.)

Que significa:

¡No hay derecho!

No puede ilustrarse y ejemplificarse mejor, en tan sólo 25 líneas, lo que Freud llamó “malestar en la cultura”, la necesaria e inevitable represión de los instintos para que pueda darse la vida en sociedad y el progreso material, todo ello cifrado en la monogamia obligatoria para el pobre gallo que ve de esta forma truncada y mutilada su felicidad y a él neurotizado y obligado a sublimar. Noé, símbolo de las religiones

monoteístas y monogámicas, sacralizadoras del matrimonio, verdugo éste de la libertad anárquica de la libido, del desordenado instinto de vida.

Y, en definitiva, una vez más Ramón, con su lúcido y perspicaz descubrimiento del dolor en la raíz del humor. Sostiene el surrealismo que en un mundo pleno sobraría el arte, no habría necesidad de sublimar y por tanto no habría arte, por ser éste compensatorio psíquico. El arte, pues, como compensación y como sublimación. Y dentro del arte, el humor. El fondo de la existencia es dolor y sufrimiento; el arte y el humor son su ocultación y cumplen una función reequilibradora. Citemos una vez más el cuento pigmaliónico del escultor y el daño que inflige a la materia y a sus esculturas, sus criaturas. ¿No es esto alegoría o al menos trasunto mortal de cuanto el Supremo Hacedor hizo con nosotros como especie y hace continuamente con cada una de sus criaturas vivas? Resuena aquella intuición freudiana según la cual todo ser aspira a la quietud previa al nacimiento e incluso a la concepción, la cesación de la agitación, la nostalgia de la nada, motor y fin del “principio de muerte”.

El hombre imaginativo está en la Nada.

En la

Sólo la locura es normalidad -enseñanza profunda del Quijote- y, a la inversa, normalidad es locura. El humor es locura, pero ha de disimular para cumplir su función antropológica, exactamente como hace el personaje de “El neurótico” para poder seguir volando.

Se podría replicar a todo lo anterior, a todo este capítulo, que sí, que es bien cierto, pero que el surrealismo y sus espoliques (Dada, ultraísmo, etc.) datan de principios del siglo XX y que, por tanto, Mingote no es ni iniciador ni original, ni inventor de nada. A su vez, puede contrarreplicarse con toda sensatez que ello no es ningún demérito, que ello no desdice la calidad intrínseca de sus escritos, que es lo realmente importante, y que por otra parte otro tanto podría ser recriminado a otros muchos buenos escritores que siguen practicando un humor entre lo absurdo y lo surrealista. Hay más, no obstante, y es que Mingote no aspira a la genialidad en nada, si bien en el humor gráfico lo sea sin apelación. Originalidad y genialidad... Vamos a detenernos en ello glosando a este propósito su poema “La originalidad”, publicado dentro de “El caer de la breva”.

7. Originalidad

Para hablar de creatividad se han de dar dos premisas, a saber “originalidad” y “pertinencia”. No basta una de las dos; ambas son necesarias, pero ninguna es suficiente por sí sola.

Las palabras o el discurso de un loco real -que no literario- suelen ser originales, pero no pertinentes pues él es el único en poder comprenderlas y su lógica queda demasiado lejos de la habitual y convenida. Si creatividad fuera sólo originalidad, cualquiera podría ser creativo, cuando obviamente no es así. Para ello lo original ha de ser al menos comprensible semánticamente para una mayoría y luego ya conmovedor, apelar, significar más profundamente, al menos, para una minoría preparada.

Añádase a lo anterior que es arduo, cuando no imposible, crear desde la ignorancia o el rechazo a la tradición, que es cuanto constituye la marca de soberbia de las llamadas vanguardias y de tanto chiquilicuatro intelectualoide. En “Érase una vez en Manhattan”, de Albert Boadella y Els Joglars, la “genial” directora de teatro encargada por los poderes públicos de llevar a cabo una adaptación teatral moderna del Quijote en el cuatrocientos aniversario de su primera impresión,

prohíbe a sus actores leer el texto original cervantino “para no contaminarse de ese autor casposo”.

La antigüedad

no es una cualidad

(aunque tiene respetabilidad),

pero mancillarla con originalidad

en nombre de la modernidad

es una necesidad.

Si hay movimientos rupturistas que aún nos dicen algo -y en ocasiones mucho- es porque, no obstante sus discursos incendiarios, contenían a su pesar elementos valiosos y consagrados del pasado y por tanto no llevaron a cabo hasta el final el cumplimiento de su programa iconoclasta. Los que pasaron, de los que nadie se acuerda, junto con los actuales que pasarán, crearon y crean en el vacío. Serán quizá mercadotecnia, serán quizá escándalo, serán moda, esnobismo, dandismo, pero no son arte.

La mayor creatividad que se haya dado nunca en la historia de la humanidad es la de Cristo. En efecto, desde la tradición judía crea y expresa un mensaje absolutamente original que halla eco, es comprendido y saludado como algo grande, al menos en un principio por un grupo selecto, que no sólo se va reconociendo en él, sino que se siente nuevo en él, mejor en él, ensalzado en él y esto constituye la cúspide de la pertinencia.

Cuando Paul Éluard escribe “la terre est bleue comme une orange”, está siendo sumamente original pues las naranjas no son nunca azules; sin embargo, tierra y naranja comparten la redondez; lo esférico es su nexo (los libros de geografía de la escuela explican la rotación de la Tierra torno al Sol -una vela- mediante el símil de la naranja, de piel rugosa como nuestro planeta) y ello otorga a esta asociación e imagen su carácter comprensible, haciéndola pertinente. Hay más y es que esta asociación inédita e inaudita, insospechada, sorprendente, llama a la puerta del inconsciente y éste, desde lo oscuro y lo profundo, responde. Responde no un solo inconsciente, pues la creatividad no puede ser nunca tan personal que sea intransferible, sino que responden varios inconscientes ya que todos los inconscientes comparten algo y así esa participación común, ese carácter viajero y transferible de la imagen, le conceden pertinencia, la vuelven pertinente.

La prosa (poética) rimbaldiana es sumamente original, pero, al menos en algunas ocasiones, puede llegar a ser tan hermética, tan oscura, tan personal, tan pero tan subjetiva, que -aceptando la responsabilidad de la afirmación e insistiendo en lo de “en algunas ocasiones”- deja, por no ser pertinente, de ser creativa. Otro tanto me ocurre a mí con frecuencia -quizá sea yo un poco bestia, no diré que no- con “Poeta en Nueva York”. Sin embargo ese “Verde que te quiero verde”, por citar un ejemplo archiconocido, es originalísimo y a un mismo tiempo de una pertinencia suma, tanto que se ha convertido en clásico y en frase del acervo popular, lo cual es todo un privilegio artístico. Y es que en efecto no pincha en hueso sino que se hunde hasta la bola en corazón, y médula incluso, del fondo folklórico español y, más concretamente, andaluz. Si el Romancero de Lorca es un prodigio es porque, entre otros méritos, entroncando con el magma popular gitano de la sangre, el que se agita sordo en el cante jondo, actualiza su

expresión de afectos básicos, elevándola a lo más alto de la poesía “culto”, y haciéndola así contemporánea. Constituye esta experiencia la auténtica aportación del artista a su tiempo.

Solamente el genio tiene capacidad,

personalidad

y profundidad

para abordar la novedad

con autoridad.

Solamente el genio... una de cuyas características es precisamente la de no aspirar nunca, deliberadamente, a la genialidad puesto que ésta le brota, si no siempre espontánea desde luego, sí con naturalidad. En “La increíble historia del doctor Floïd y mister Pla”, de Albert Boadella y sus “Joglars”, Josep Pla, comentando la obra de ya no recuerdo qué pintor catalán de tendencia cezariana y cubista, afirma de él: “un pintor que no aspira a la genialidad... que ya es mucho, joven, que ya es mucho...” Y es que, en efecto, no hay cosa más petulante que ese artista que, a toda costa, quiere ser genial pero que, careciendo de fondo, de talento, de técnica, amén de desdeñador en su soberbia de los auténticos genios de antaño, reduce su “arte”, o lo que sea, a mamarrachada, convirtiéndose él en mamarracho. Si es que incluso hay que saber hacer mamarrachadas, como señala Néstor Luján, con admiración, a propósito de la obra del Douanier Rousseau.

Es éste el triste sino (“Es mi sino desgraciado como amargo es mi destino”, se queja el Rufo de “Maruxa”) del “arte” de nuestros días, hipertrofiado de conceptualismo, huérfano de técnica, sobrado de ingenio, saturado de necia provocación rutinaria y erotizador compulsivo... pero eso sí, alentado por unos poderes públicos ignorantes que tan sólo aspiran a pasar por muy modernos y a que enterados y progres, así como los medios de comunicación, nunca lleguen a tacharlos de “casposos”, esa palabra que en su nueva acepción figurada se corresponde con “anticuado”, con “carca”, y de la que se abusa tanto. Sólo ello explicaría, por poner tan sólo uno de tantos ejemplos necios, la epidemia de esas vacas de colores que, como *souvenirs* hipertrofiados para turistas incautos, aperrearon calles y a ciudadanos europeos no ha mucho.

La originalidad

es decir la variedad

sin superar la calidad,

es una calamidad

que aflige a la humanidad.

Y con resonancias arciprestianas (de Hita):

¡Originalidad,

En tu nombre se comete gran criminalidad!

Eso de la modernidad no debiera ser nunca suficiente y con demasiada frecuencia es sólo ratimago de quienes se ven privados de talento, pero no desde luego de argumentos de sacamuelas y de discurso de timador profesional, auténticos “literatos” en el mal sentido de la palabra. Son los caballeros de mohatra o del ingenio del “arte” actual.

Cúidense de usar la libertad

con necesidad, simplicidad, vanidad, esterilidad.

Prohibida la originalidad

a quien no tenga el talento suficiente, hombre.

A un Mingote, protegido por su sentido común, su sensibilidad y su cultura; a un Mingote de ponderado sentido de la medida y de magnánima clarividencia, no será fácil que se la den, que le confundan, que le aturdan con palabrería. Mingote considera y juzga desde el otero del criterio límpido y lúcido que es el suyo.

Y porque admiraron a griegos y romanos, sus glorificados predecesores, y porque carecían de soberbia histórica, Leon Battista Alberti y Miguel Ángel, por citar dos ejemplos emblemáticos, desarrollaron y llevaron el arte occidental desde un fatal “non plus ultra” a un felicísimo y contrario “plus ultra”, siendo así que Florencia y el Quattrocento se erigirían en sede y época de las más fecundas de la historia del arte, con plena conciencia además de su valor y de que aquel momento era excepcional y posiblemente irrepetible. Aquéllos eran artistas adultos, no malcriados artistas adolescentoides, displicentes y engreídos, de esos que descubren a la vez la pólvora y América.

8. Sonetista

Mingote es excelente sonetista, versificador fácil y buen conocedor de nuestra poesía del siglo de Oro, lo cual le permite ser arcaizante convincente y muy gracioso al saber conjugar a la perfección lo clásico con lo moderno (como se señaló más arriba posee el don de lo anacrónico eficaz) y además combinar a la perfección, con redondez, el registro áulico con el registro familiar y por tanto el vocabulario de la lengua de la calle con el elevado.

El “Soneto (por encargo, otra vez, de doña Violante)” es perfecta ilustración de lo anterior. También lo es el bellísimo “Soneto del amor destruido”, ambos insertos en “El caer de la breva”.

Se percibe a la legua que Mingote puede jugar con la lengua, que la domina y que, a voluntad, puede versificar con rigor y elegancia o, por el contrario, hacer ripios de lo más gallardo.

9. Baturrismo

Mingote es catalán de nacimiento y madrileño de adopción, pero ello, sin ser desdeñable, no ha de ocultarnos que su esencia y su ser natural son los del baturro. Mingote es un tanto brusco, como Goya o Buñuel; muy púdico, evita siempre toda conversación íntima o excesivamente privada, precisamente para ni traicionar ni desvirtuar cuanto es íntimo y privado, despojándolo de su discreción, y en este sentido es muy cazurro e hidalgo, a diferencia de, por ejemplo, el truculento exhibicionismo, tan histriónico, de Ramón; Mingote en realidad sufre si ha de mostrar en público sus habilidades. Siempre está con el “¡coño!” a flor de labios y tímido, mas sobre todo impaciente con la impertinencia y la necesidad, puede mostrarse huraño y aparecer

incluso algo desabrido. Mingote, como persona y como humorista, tiene mucho de personaje aristofanesco, cazarro y por ende un tanto cachazudo en el habla, siempre sensato y oponiendo su sentido común a los desvaríos y vesanias de los hombres. De hecho el término “sensatez” (con sus derivados de “insensatez” o “sensato”, etc.) es recurrente en su conversación.

Por otra parte, qué adecuado es su apellido. Más de uno piensa que es pseudónimo jocoso. El humorista gráfico pinta “monigotes” y “Mingote” sería deformación o mutilación cómica del término. Mingote, además, es a Mingo lo que “grandote” a “grande”. Mingote sería así un gran Mingo, dotado de parecido sentido común popular que el de las coplas medievales y ambos compartirían además la intención satírica en la crítica social. A este propósito recordemos cómo Martín de Riquer hace ver que el sufijo “ote”, el que también se coloca el hidalgo Alonso Quijano, es siempre ridículo y así Mingote habría comenzado por reírse de sí mismo.

Hay incluso quien afirma -pues eso de las etimologías, empezando por el gran San Isidoro de Sevilla, da para mucho- que Mingote procedería del germánico “Mein Gott” y así Mingote significaría “Mi Dios”. Oiga, vaya usted a saber...

10. Daroca

Daroca, en la provincia de Zaragoza, es a Mingote lo que Calanda a Buñuel, el recuerdo por antonomasia.

Daroca es pueblo áspero de esencia medieval. Puede ser tanto castellano como aragonés o catalán. Sus inviernos han de ser forzosamente más que desabridos y el verano lo ha de convertir imperiosamente también en resistero.

Cuando Mingote dibuja el pueblo español del interior, está permanentemente recreando una estilización de Daroca bajo ese sol inmisericorde, rodeado de esos sotos desforestados y esas tierras tan tristes de labrantía, con sus murallas desdentadas, su tosca iglesia, sus tesos cenceños que a veces corona un castillo que, como el gallo de Morón, aunque privado de plumas, aún cacarea.

11. Tres ejemplos de generosa fecundidad

¡Qué fecundidad la de Mingote! Su pincel, como el de Picasso, es incansable y siempre está con él transformando y personalizando todo su entorno.

Tres ejemplos:

a) En la piscinita de su casa sita en la pedanía marbellí de San Pedro de Alcántara, ha pintado en su fondo una sirena. Si uno agita con la mano la superficie del agua o si el viento la riza, por efecto óptico, la sirena agita levemente la cola y parece bailar danza del vientre. Es pura magia.

b) Mingote recoge guijarros blancos de la playa o bien los chiquillos se hacen con ellos y se los llevan a su casa. Él, desconocedor permanente de lo que es la pereza o la desgana, toma un rotulador y de uno hace una rolliza sirena, de otro un cejijunto y obtuso aldeano, de otro un dengoso camarlengo de Su Santidad el Papa o su Prelado Doméstico, de otro una señora gorda emperifollada, de otro un serio-decente-inmutable, etc., que regala con un desprendimiento propio de Diógenes el Cínico.

c) Un amigo suyo hace una reforma en su casa; allí está Mingote como un cantero medieval labrándole en la pared bajo cada arco gótico un linajudo caballero armado, entre los que figura un futbolista con el balón bajo una de sus botas.

En esto, ¡cuánto no se parecerá a Picasso!

Por otra parte, ¡cuántos carteles para muy distintas causas sociales y de protección de la naturaleza no habrá realizado Mingote con absoluto desinterés! Sin ir más lejos, en el hospital madrileño “Gregorio Marañón”, él realizaba los carteles invitando y convocando a la donación de sangre; a partir de sus motivos se fabricaban en latón unos llaveritos que se entregaban a los donantes como recuerdo y como presente, “merchandising” mingotiano.

12. Mingote y Cervantes

En algunas ocasiones se ha comparado a Mingote con Cervantes y es bien cierto que ambos retratan de forma impecable la España que les ha tocado vivir con sus insoslayables personajes: hidalgos, a quienes como a don Quijote, se les saltan los puntos de las medias y han de disimular como puedan pues no disponen de otras; nobles y también caballeros de mohatra; eclesiásticos varios y curas de aldea; venteros; cuadrilleros de la Santa Hermandad; logreros; pícaros de toda laya, profesionales y artistas del arte bribiática; cautivos (como no podía ser de otro modo dadas las circunstancias vitales de Cervantes), presos y galeotes; soldados; fanfarrones; cómicos; señoras y mujeres venales; muchachas víctimas del engaño, alcahuetas y rufos; bandoleros; etc. en el caso del primero; y en del segundo, Mingote: clases medias en contumaz riesgo de pauperización; vagabundos; palurdos irreuperables; tenderos trapaceros; inmorales e insaciables hombres de negocios y empresarios rapaces; políticos corruptos e ineficaces; señoritas de muy buen ver y señoras gordas; señoras y queridas; maridos encogidos... hasta aquí casi un calco de la realidad cervantina. Añádanselo luego las novedades, que los tiempos evolucionan: turistas y nativos; toreros y futbolistas; carcas recalcitrantes y por desgracia la irrupción más degradante, la del terrorista.

Ambos son maestros en la intención satírica y en el poso innegable de ternura desgarrada que, como un limo fecundo, dejan sus obras una vez leídas, tanto al rato de acabarlas, como algo después y luego ya por siempre.

Ambos también -y creo que esto no ha sido nunca señalado- son unos auténticos enamorados de la belleza femenina, de las formas de la mujer. A ambos les encandilan las féminas y lo femenino como forma superior de la estética. Dos citas del Quijote: “...la hermosura, por sí sola, atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen.”, “...y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades...”. Una cita de “El coloquio de los perros”: “...por ser prerrogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.” Las anteriores citas cervantinas se vuelven dibujo en esas muchachas un tanto centáuricas del maestro Mingote, de anchas caderas y rollizos muslos (“... con unas piernas como las que yo sólo había visto... en los calendarios donde se retratan señoritas poco vestidas procedentes de lejanos planetas”, extracto de “Katrina” – “De muerte natural”), mas de abdomen exiguo y pecho relativamente contenido, brazos finos o guarnecidos sin blanduras, erguidas y algo altivas -como las de Cervantes, tan conscientes no sólo de su honra sino de su valor intrínseco- y con unas cabecitas en las que predominan los rasgos de la *pin-up*. “... y unas redondas caderas sustentadas por unas presuntas bien torneadas piernas que no ayudaban a imaginarla incorpórea, y unos pechos que henchían vigorosamente su blusa de organza y que sugerían todo menos la intangibilidad.” (de “Adelita en su desván”; se trata de una descripción de la propia Adelita). Lo siguiente no pretende ser ni mucho menos una *boutade*, sino más bien una intuición indemostrable, aunque quizá no sea

sencillamente más que una solemne tontería por mi parte, pero tengo el barrunto de que si Cervantes, Buñuel, Maupassant y el propio Mingote han sido tan grandes artistas, ello se deba en gran medida, o al menos en parte, a la curiosidad y admiración que han profesado a la mujer y a su envoltorio mortal. "...a lavarse los pies, que eran tales, que no parecían sino dos pedazos de blanco cristal que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies... la mitad de la pierna, que, sin duda alguna, de blanco alabastro parecía. Acabóse de lavar los pies..." Se trata de Dorotea en el Quijote. ¿Está aquí presente el rijo de los viejos que contemplan a Susana en el baño? No lo creo: aquí hay que descubrirse más bien ante la elegante fascinación del esteta.

No así en su casa madrileña, pero sí en la marbellí, el estudio en que trabajaba Mingote, ostentaba numerosas fotos de chicas estupendas, un tanto como un taller mecánico o una cabina de camionero. España en general y el baturrismo en particular palpitaban en los muros de aquel estudio.

Mingote y Cervantes. Con motivo del cuarto centenario de la primera impresión del Quijote, con prólogo del Rey y edición a cargo del sabio Martín de Riquer, Mingote ilustra para Planeta la novela inmortal. ¡Se trata de seiscientos dibujos! Al igual que, según Peter Brook, en todo actor late la aspiración a poder representar algún día el papel de Hamlet, todo ilustrador ha de abrigar el anhelo de poder llegar a ilustrar las hazañas del Ingenioso Hidalgo (junto a la Divina Comedia, de Dante y El Paraíso Perdido, de Milton, que conforman la gran labor del Doré ilustrador) . Los grabados de Gustave Doré siguen siendo insuperables y creo que lo serán por siempre, pero en cualquier caso la intención de Mingote nunca fue el de batirlo, obviamente, y en cualquier caso sus ilustraciones son excelentes, si bien en algunas ocasiones y en algún punto criticables pues creo que prevalece el criterio cuantitativo sobre el cualitativo y que en este caso la feracidad del maestro llega a ser contraproducente por cuanto que desperdiga su talento y por cuanto que, dentro de que en el Quijote nada sea irrelevante, en ocasiones sus dibujos no ilustran algunos episodios o partes de ellos más importantes que otros y sí algunos que quizá no lo sean tanto. Modestamente pienso que la admiración por la novela y el deseo desalentado de homenajearla han impedido una mayor concentración y un mayor provecho con menor material. También a veces, si bien pocas, el dibujo no traduce fielmente el texto y por tanto revela una lectura algo precipitada o poco cuidadosa. A veces asimismo, no siempre, claro está, da la impresión de que Mingote se haya podido dejar llevar de su gran facilidad y, sabedor de que cuanto hace es siempre bueno y gustará, no se haya exigido lo suficiente, traicionando así, a veces, por falta de espectacularidad, lo grandioso de algunos pasajes. Posiblemente también las representaciones gráficas de los duques aragoneses, del moro Ricote y del bandolero catalán Roque Guinart no sean suficientemente nítidas ni contundentes y por ello no sean realmente definitorias como sí lo son las de los otros personajes en general. Sin embargo, y a despecho de todas mis dudas al respecto -y que el maestro quiera perdonar mi petulancia-, se trasluce en todas sus ilustraciones una ternura tal, arrojando las locuras de don Quijote y las simplezas de Sancho, y siendo algunas tan conmovedoras, que uno no puede por menos que emocionarse e incluso llorar como aquélla en que texto y dibujo se complementan y se engasta el uno en el otro de manera tan admirable como una joya en otra joya, tal y como ocurre en la expresión de la pena y del duelo por lo irremediable de la muerte, que se lleva a quien tanto queremos: "No se me muera vuesa merced", dice, apoyando su mejilla húmeda contra la cabeza del agonizante don Quijote, un Sancho que hace pucheros porque se le va de su vida y para siempre aquel bendito amo adorado, a quien tanto quiso y del que fuera tan amado, aquel loco que le vivificó y llenó la existencia con sus delirios inalcanzables y que ahora, con su muerte, le deja definitivamente desamparado.



Se ha trazado un paralelismo entre Jesucristo y el Quijote, por un lado (“Los más majaderos de la historia somos Cristo, don Quijote y yo”, llegará a sentenciar Simón Bolívar, quien además confiere así existencia real, carnal, a la ficción cervantina, que de esta manera deja pues de ser tal), y entre Sancho y San Pedro, por otro. (Es bien cierto que es Juan, y no Pedro, quien asiste a la crucifixión y muerte de Cristo, pero es siempre Simón Pedro quien defiende con más ardor, incluso con un punto de bravura de matasiete, al Maestro, no sólo cuando éste es prendido sino también cuando profetiza sus sufrimientos a manos de los hombres y su condena final.) Gracias a Mingote, esta semejanza se vuelve aquí, en el punto de la muerte, incontestable.

En cualquier caso, sea lo que sea, qué gran placer ver en el ancho tomo de la edición en cuestión cómo se hermanan los nombres de Cervantes y Mingote.

De la admiración que Mingote siente por Cervantes no cabe dudar, lo cual por otra parte resulta bien obvio, y prueba de ello es el breve relato que forma parte de la colección “El caer de la breva” y que lleva por título, precisamente, “Cervantes”. En él nuestro escritor se topa en la calle con don Ginés de la Sobrevesta y, a sus preguntas, le habla de la novela que está escribiendo, la del Ingenioso Hidalgo. Se separan y siguen ambos sus respectivos caminos. “-Me temo -iba pensando don Ginés- que ese Cervantes está perpetrando una enorme estupidez. Pero en fin, en algo se ha de entretener el pobre mutilado...”

13. La técnica y su dominio

Para todo mingotólogo es muy interesante apreciar la evolución técnica del trazo del maestro, su progresivo dominio hasta alcanzar bien pronto, ya desde 1960, su estilo propio; y estilo es, entre otras cosas, aquello que hace inconfundible a un artista, aquel conjunto de características que inmediatamente le hacen decir a uno que aquello “no puede ser más que de...”, lo personal e intransferible en definitiva.

Tras esas figuras de línea ingenua, un tanto infantil y más próximas a la estética del tebeo que Mingote exhibe en la “Pareja Sinistra” y que son sus personajes de “la Codorniz”, sus primeros chistes de la década de los cincuenta, si bien de muy buena factura y con un sentido de la perspectiva envidiable, muestran una cierta rigidez en posturas y ademanes de los personajes. Exhiben éstos unos trazos aún oscilantes. El dibujo en su conjunto es más relamido, más

detallista, más pesado y carece aún de esa libertad y rapidez tan alegres, de esa facilidad más sintética, más sucinta y despreocupada que definirán en adelante a Mingote.

Y aquí cabe hablar de Mingote y las vanguardias. Pocos días antes de su muerte, acaecida el 2 de abril, publicaba el ABC un chiste en el que una buena moza con minifalda, en escorzo y corriendo, le dice a un sorprendido jovencito, estático éste: “No es difícil modernizar las cosas. Lo que cuesta es hacerlas contemporáneas.” Es toda una declaración de principios y también es un resumen de cuanto ha llevado a cabo Mingote con su arte. Es la revolución que asimismo operó Alfredo Kraus en la ópera y que consiste, mucho más que en modernizar el arte heredado y fruto de una larguísima tradición a cargo de artesanos exquisitos y geniales, en tratarlo y elaborarlo de tal manera que, sin traicionar esa misma tradición ni un ápice, se lo aproxime a las gentes y sensibilidad de ahora, del momento presente, evitando su fosilización y haciéndolo evolucionar de tal forma que, en el nuevo contexto humano y tras tantos cambios políticos y sociales como han marcado el siglo XX, nos siga diciendo y sugiriendo cosas, evocando otras, hablando y dialogando con nosotros, emocionándonos, conmoviéndonos o golpeándonos, siéndonos pues rabiosamente contemporáneo y hermano de sangre en definitiva. Sí, porque la modernización *tout court*, a secas, puede ser tan sólo un liviano maquillaje, una operación tecnológica, un abaratamiento y a la postre un embeleco.



Volviendo al chiste en cuestión, al texto lo acompaña un dibujo que le va como anillo al dedo y así tanto la postura de la muchacha como las formas de muslos y minifalda son los del futurismo italiano en su obsesión por captar y plasmar la velocidad. Los otros volúmenes, esto es el bolso de mano, el tronco en su oblicuidad y el braceo de la carrera, junto con la degradación a la acuarela de los colores malva, naranja y rojo, son también los de un obstinado Carrà o los del Balla más enconado.

Hay también bastante de tubismo de Léger en muchos cuerpos mingotianos y hay sobre todo en el Mingote más cubilado mucho de Cézanne, de Braque y de Picasso. A Mingote le pirra Picasso y ello se percibe en lo más o menos cubista en general y genuinamente picassiano de muchos rostros, cuerpos y volúmenes de sus chistes, siendo frecuente el perfil que ostenta los dos ojos sobre la única mejilla vista o, estando el rostro de frente, uno de los dos ojos quede sobre la nariz, y ello sin que el espectador tenga la impresión de la desarmonía. Obviamente todo este vanguardismo ha de moderarse pues un chiste debe ser siempre comprensible inmediatamente para quien lo lee, directo, no puede quedar sujeto a interpretaciones y así habrá de contenerse dentro de los límites de lo inteligible. Cuando Gertrude Stein reprochaba a Picasso que no pintara las cosas tal y como son, como las ve todo el mundo, quizá le estuviera instigando, o al menos sugiriendo -pues al fin y al cabo y a pesar de todo la señora Stein se picaba también de ser moderna- a que fuera como Mingote, que experimentara más o menos, fuera más o menos osado, pero que a la postre se le entendiera, no dislocando del todo lo figurativo convencional o clásico.

En “El caer de la breva”, la ilustración del cuento que lleva por título “Mira la luna”, que es estilización y exasperación de la de “Los tontitos”, tiene mucho de los volúmenes de un Henry Moore y de las formas de un Marino Marini. También intuye oquedades a lo Oteiza y se perciben además un primitivismo y una atmósfera mironianas indudables.

Sus hipopótamos son, podríamos decir, la “boterización” de Maillol y acaban por presentar la monumentalidad, el brillo y la pulideza del previamente citado Moore.

Su ilustración de “Nada”, también en “El caer de la breva”, es de una calidad excepcional y revela un absoluto dominio técnico de la composición, de la acuarela y del uso de la tinta. Habría hecho las delicias del abstracto Rothko y también del supematista Malévich, tanto en lo formal como en lo semántico.

Maestro es aquél que tiene discípulos, mas también y sobre todo aquél que por su dominio en un campo del saber o del arte, concita unánime admiración. La técnica es la base de todo. Sobre la técnica se edifica y tan sólo la base técnica garantiza que lo edificado no se desmorone. La técnica se alimenta también de cultura personal y de sensibilidad y surgen así criterios sólidos que, cual brújula, orientándola, y cual maná, nutriéndola, evitan que la técnica pueda anquilosarse o extraviarse. Se da así al final un proceso dialéctico de retroalimentación y se produce una tal ósmosis entre técnica, cultura y sensibilidad, cifrada en criterios sólidos y siempre defendibles, que las tres acaban por fundirse y ser una sola y única cosa. Por otra parte, tan sólo técnica y criterio o criterios garantizan la longevidad artística. Y es que, como señalaba Kraus, ¡hay que hacer gimnasia! Pues bien la técnica de Mingote como dibujante y humorista gráfico es tal que difícilmente se podrá ir más allá. Mingote es artista cabal. Posee como ninguno el don de la plasmación de la perspectiva (como ya se señaló anteriormente), del movimiento, del gesto y de la caracterización psicológica. La expresividad de Mingote no tiene parangón.

Hojee la “Antología de humoristas españoles de 1885 a 1936” (ed. Taurus – 1966 – García Pavón y María Dolores Rebés). Se trata de humoristas en la doble vertiente literaria y gráfica. Ciñéndonos a esta última, queda patente que Blanco y Negro ha contado siempre con unos magníficos artistas (Sileno, Tito, Medina Vera, Cilla, Xandorò, Ramírez, etc.). Mingote, en lo técnico, es, si bien diferente pues entre otras cosas trabaja muchos años más tarde, cuando menos su igual en calidad, mostrándose con frecuencia superior, pero en cualquier caso, como se señaló anteriormente, y esto es cuanto realmente importa, Mingote recoge una tradición y desde esa tradición, la actualiza, “haciendo las cosas contemporáneas”.

Los dibujos de Mingote no son autómatas como los de Juanelo. ¡Tienen vida de verdad! Sin ánimo de establecer jerarquías, cosa que por otra parte al propio Mingote le hubiera resultado odiosa y le hubiera ruborizado e indispuerto enormemente, caractericemos desde el punto de vista técnico, muy veloz y someramente, a algunos de los actuales humoristas gráficos, si bien algunos ya fallecidos, los contemporáneos en definitiva. Insisto: desde el punto de vista técnico, de la técnica de su dibujo, sin entrar en el campo de los conceptos, ni siquiera en el de la expresión. Plantu, por citar al menos a un extranjero suficientemente conocido: infantilismo de las figuras y excesivo esquematismo; Bosc, francés también: pinta esqueletos, figuras giacomettianas clónicas; Wolinski: también clónico, también esquemático, también rutinario; Kiraz (“las chicas de Kiraz”): esteticismo melindroso y encorsetado, reiteración estilística y morfológica; el Perich: trazo aññado y elemental; Gila: dibuja monstruos todo cabeza aquejados de rigidez suma; Summers: inocencia infantil de las formas; Pablo: sus cuerpos tienen muchas agujetas y se mueven sin soltura; Forges: puerilidad extrema; Máximo: su humor tan conceptual le lleva a un amaneramiento minimalista y anquilosado; Peridis: gran soltura, pero es sobre todo caricaturista de hombres (y mujeres) políticos; Gallego y Rey:

bastante dominio técnico, pero con trazos de bastedad y una cierta gravidez que daña al conjunto; Pachi e Idígoras: hay bastante zafiedad; El Roto (antes Ops): excepcional, auténtico seguidor de Daumier, tanto en la técnica como en lo mordaz del espíritu que le inspira, creador de ambientes tan inquietantes como los de la pintura metafísica de de Chirico y cuyos textos poseen el secreto de lo lapidario, lo incisivo y lo demoleador desesperanzado y siniestro.

En prácticamente todos ellos, con excepción de El Roto, el dibujo es muy elemental y lo representado (personajes y objeto), de una gran monotonía. Son monigotes que padecen de artrosis más o menos deformante y algunos incluso se encuentran aquejados de espondilitis anquilopoyética y, si se me apura, de parálisis. Los de Mingote, no; los de Mingote se hallan en plena forma, hacen gimnasia y yoga todos los días y están ágiles, flexibles y en forma. En muchos de los humoristas gráficos, no en todos, ciertamente, prima el texto, el *lazzo*, el golpe porque si nos atuviéramos exclusivamente al dibujo... mejor sería no hablar. No son artistas; son humoristas -excelentes algunos, buenos los demás en general- que dibujan como Dios les da a entender para dotar de un mínimo soporte material a un chiste puramente verbal. La carencia de técnica lleva a muchos de ellos a la cosificación del dibujo y al amaneramiento estilístico basado en la repetición y la monotonía, aburridamente homogeneizante, del defecto, al igual que aquellos cantantes o cantautores, que quizá digan cosas muy interesantes, bellas y sorprendentes, pero que como no saben cantar, se ven compelidos a basar su acción cantora en precisamente lo que la lastra: la ronquera, el falsete, el jadeo permanente, lo monocorde de la emisión, etc.

Mingote cree en la carne. Como Miguel Ángel.

En general los humoristas gráficos, aprisionados dentro de los estrechos límites de su paupérrima técnica, han de conformarse con un canon bien magro e infantiloides y explotarlo a la saciedad y muchas veces, haciendo de necesidad virtud, erigirlo en elemento cómico intrínseco, *per se*, condenándose al estatismo, a la fabricación en serie y a lo homocigótico pertinaz, con ligerísimas, casi imperceptibles, variantes. Y nos dan gato por liebre en definitiva, haciéndonos creer que la falta de habilidad y de conocimiento es desparpajo y desgaire desenfadado. Enfrente se halla la facilidad de la maestría mingotiana, sin trucos, alcanzando “la belleza y la verdad”, que en palabras de Kraus, son cima y propósito del arte.

En gran medida (iy ya querrían poseer un ápice de la técnica del italiano de Montparnasse!) ocurre con la gran mayoría de los humoristas gráficos algo parecido a la astucia de Modigliani. Da éste con un sucinto canon, una fórmula “mágica” que nunca falla (manierismo de cráneos alargados, ojos sin iris y flotantes, cuerpos alargados hasta lo indecible, caderas voluptuosas para las mujeres, tonos siempre cálidos y melifluos, indolencia de las poses, languidez psíquica y del entorno) y, una vez hallada, y habiendo comprobado que gusta, ale... ia hacerlos como churros! Sí, generalmente los humoristas gráficos son churreros. Mingote es artista, variación, riesgo, expresión proteica. Frente a la rutina, la inercia y la mecánica, Mingote alza el cetro incontestable de la creación.

Mingote posee además la virtud de lo aligero. Incluso cuando dibuja a los seres más grávidos, orondos físicos y señoras gordas y graves personas muy decentes y muy carcas, o cuando dibuja la naturaleza, la ciudad o el pueblo mesetario más chato, incluso el caserón más romo, destartalado y mamotrétrico, en todos los casos hay siempre algo, tanto en sus objetos como en sus personas, de ligereza, de casi levitación. Mingote participa de ese donaire, esa gracia, ese ángel del mejor Quattrocento italiano, siempre tan bizarro, liviano y grácil, casi sobrenatural, tocado como está, bienaventurado él, por el dedo esbelto de la Gracia.

En Mingote, verdadero artista, no hay desequilibrio entre las partes: el dibujo es también chiste, lo cual le posibilita para el humor metafísico, que va más allá del conceptual de un, por ejemplo, Máximo, plasmándose en el prodigio desasosegador de “Hombre solo”. Dice Forges, a propósito de Mingote: “¿Quién puede hacer un dibujo así? Él. Los demás, los de su gremio, no sabemos. Repito: no sabemos. Así de simple. “Only él”, que diría Mariano.” Mingote es eficazísimo dibujante que con lo mínimo llega al máximo de la expresión: tres o cuatro trazos y todo un personaje o varios emergen, con su pasado, su presente, sus problemas, sus anhelos, sus cuitas, reforzados por un entorno o un fondo que es con frecuencia desdoblamiento de ese personaje y que abunda en él y en su circunstancia.

Afirmaba Grosz que el dibujo es la base de todo. ¡Vaya base pues la de Mingote!

Mingote es el águila real de los humoristas, el de mayor envergadura, el más elegante, el que más abarca, el que vuela más alto, el que más y mejor ve. José Luis Coll lo define como “el Emperador de este oficio”.

14. Clasicismo, a pesar de todo y encendido elogio

El término “clásico” posee dos acepciones. La primera se refiere al momento (o momentos) histórico que genera un arte propio, con sus mitos, sus referencias, sus reglas, sus temas y sus modos de operar, y así tendremos el, por ejemplo, clasicismo griego frente al helenismo. La segunda alude a aquello -producto artístico o artista- que, habiendo alcanzado un grado superior de maestría y cuya obra presenta un interés sumo y universal, independientemente de su tendencia artística o vital e independientemente también de la época en que le tocara vivir, se erige en maestro, en modelo digno de ser imitado y así, por ejemplo, Víctor Hugo, patriarca del Romanticismo francés, es todo un clásico, sin que en ello haya contradicción alguna.

Así pues, Mingote será clásico por partida doble. No importa lo que se dijera anteriormente sobre él y las vanguardias; también poco importa que Picasso se paseara por tantos “ismos” del siglo XX pues a la postre puede afirmarse que en ambos palpita el fondo clásico, el referente griego de la proporción, la armonía, la luz y el culto a la Belleza.

Mingote no da en la abstracción pues, entre otras cosas, sería harto difícil, por no decir imposible, mantenerla por un período largo en el mundo de la viñeta de humor y de la ilustración. Podrían darse destellos, pero nada más.

Mingote no practica el primitivismo ni el Art Brut porque rinde culto a la razón y su tan depurada técnica, por mucho que él se empeñara, se lo impediría.

Mingote es ajeno a lo arcaizante-nostálgico, a la manera de los nazarenos o los prerrafaelitas, pues su compromiso es el de la actualidad y no puede permitirse, por tanto, esa frivolidad un tanto ociosa de echar la vista atrás. Por otra parte, su creatividad se sentiría aprisionada, muy constreñida, en esa imitación de un pasado que, aunque glorioso y quizá insuperable, no se corresponde con el hogano.

Aunque muy expresivo, Mingote tampoco puede ser expresionista y ello por su técnica impecable, por su tendencia ineludible a la claridad, al trazo en la estela del Quattrocento. Por otra parte siente aversión por la sensiblería, ipor cazurro y por baturro!, y la estridencia.

En Mingote impera el más risueño de los clasicismos, el canon más ufano. Mingote es gallardo y jocundo. Mingote es bizarro y gentil. Mingote es donoso y garrido. Y qué prestancia la suya. ¡Qué elegancia la del maestro!

Mingote es unidad razonable de medida: no es ni el miligramo ni la tonelada. Mingote es la escala humana. Mingote es compostura, templanza de sabio y temple de buen diestro. Mingote es equilibrio y belleza. Mingote es medida.

Mingote, caballero de medida.

15. El cartelista y el decorador teatral

Como contrapartida, me atrevo a afirmar que el Mingote cartelista y el Mingote decorador teatral no brillan con el mismo fulgor, no deslumbran. Sus carteles son, en primera instancia, poco eficaces por llegar a ser atosigantes, asfixiantemente abigarrados; al contener demasiada información, no destaca el motivo principal, son poco “esenciales” por así decir. También las situaciones que recrean corresponden más a la estética del tebeo -truculento, desbaratado, irreal en su exceso- que al de la decoración y pueden llegar a abrumar. Por otra parte, son excesivamente caricaturizados y, aunque puedan en ocasiones, que no siempre, anunciar cosas cómicas, resultan algo grotescos y desproporcionados a su función y objetivo.

16. Decorador urbano

También está el Mingote decorador urbano de Madrid. La estación de metro del Retiro es su intervención más conocida y popular. Data de 1997. Delvaux hizo otro tanto en algunas estaciones del metro de Bruselas y el resultado es exquisitamente discreto. Al menos a uno de los dos andenes decorados por Mingote, aquél que ostenta los rótulos de “Expometro Retiro”, se le pueden dirigir los mismos reproches que a carteles y a decorados, que resulta excesivo y un tanto basto incluso y demasiado caricatural, con una exageración más propia de Ibáñez, más de tebeo, con ese señor tumbado dentro de la fuente y con la boca abierta bajo uno de los caños o aquel otro que surge desde el interior de un macetón en que estaba escondido para mejor admirar a una bella moza. También se muestra el conjunto demasiado apaisado y esta vez quizá falle el sentido de profundidad por una deficiente perspectiva pues todo queda demasiado plano. Quizá también el material escogido, el azulejo, por sus características, contribuya a un cierto abaratamiento; la técnica del fresco hubiera sido más adecuada y hubiera arrojado un resultado más pulido.

Sin embargo en el andén fronterero, las dos composiciones mingotianas, que también reflejan el mismo parque del Retiro, sí dan la talla y, aunque muy compactas, resultan mucho más desahogadas, amén de amables y amenas. Ello se debe, en primer lugar, al acierto de haber adoptado la perspectiva *dall'alto in su*, “perspectiva de Dios” en expresión acuñada por Miguel Etayo, o toma “en picado” si preferimos la terminología cinematográfica, que tanto abarca y que tan bien se adecua a la plasmación del ambiente de recreo e incluso festivo del parque. Así, aunque sean muchos los personajes y sean muchas y muy distintas las situaciones recreadas, el conjunto queda muy aligerado, muy digerible y muy próximo afectivamente. También los temas, por combinar mucho más acertadamente anacronismos y situaciones jocosas de muy buen gusto, contribuyen a esa atmósfera de dicha festiva que tanto recuerda a esas escenas populares, crasas y jocosas, de la pintura de colectividades de Brueghel el Viejo.

En la muy céntrica calle de la Sal, que arranca de la Plaza Mayor, la técnica es la del fresco. Inspirándose en “El balcón” de Manet, Mingote da vida a unos personajes decimonónicos, de

rotundos volúmenes, insertos en unos apretados, equilibrados y redondos conjuntos, con unos colores fieles al tema y a la época, muy acertados. ¡Qué gran poesía emana de los fingidos balcones! Qué detalle tan donoso también el del ficticio trampantojo -trampantojo de trampantojo, podríamos decir- de la jaula con su canario. El trabajo de Mingote es aquí de una gran belleza y eficacia y revela una gran maestría de la técnica del fresco, que remite a los grandes maestros del género.



Desde el primer piso al último, en relación inversa a la altura física del edificio se escalona la categoría social de sus habitantes. Por su madrileñismo, contemplando el conjunto le vienen a uno a la mente los compases de “El bateo”, de Chueca:

Hay que ver las niñas al balcón

con carita alegre y la mirada

trastorná saludar

al batallón.

Ta, ta, ram, plam, plan” (letra de Paso y Domínguez)

Puestos a considerar y a hilar fino, en los frescos de Mingote hay mucho de la magia esférica, paradójicamente flotante y poderosamente rotunda a la vez, de un Piero della Francesca. Braquicefalias pronunciadamente armónicas, redondeces siempre proporcionadas, curvas marcadamente esbeltas al igual que conjuntadas y, desprendiéndose del conjunto, una gran serenidad, la del músico Salinas que glosara poéticamente fray Luis de León (no olvidemos que Mingote, hijo de músico, iba él también para músico, pero la guerra torció aquella vocación) y que es en definitiva la del cosmos circular, sin aristas, sin estridencias, sin chirridos, el orden y el sosiego universales, el “son sagrado” del “eterno templo” que responde a la concepción renacentista según la cual el universo todo observa las mismas leyes armónicas que la música.

17. ¡Buena está la política!

Una vez más Ramón Gómez de la Serna nos orienta grandemente. Dice Ramón: “El humorista vive entre la contradicción de los opuestos; con una misión que ha de hermanar colores dispares, y tiene que aguantar la contradicción de los públicos que cobijan en su seno lo más humorístico, que es el contraste de los contrarios, la yuxtaposición de los que han comprendido la burla y la de los que creen que la burla es macabra.”

Es obligación del artista dirigirse a todos y su voluntad ha de ser pues universal, aunque sepa a priori de la imposibilidad absoluta de aunar, de contentar unánimemente, esto es tenga presente aquello de que “nunca llueve a gusto de todos”. Por otra parte, todos somos muy tolerantes mientras la crítica no nos afecte o no ponga en tela de juicio nuestras creencias, ya sean éstas políticas, sociales o religiosas, nuestros hábitos, nuestras personas, nuestro país y en el caso español nuestras autonomías y nacionalidades. En ese punto en que la sátira nos afecta directamente es donde se nubla nuestra transigencia y buen talante. Y allí es donde el humorismo se la juega. Dice el maestro teatral Antonio Fava, a propósito del teatro, que, en un país democrático, donde se manifiestan libremente las distintas opiniones, la sátira política, creando inevitablemente malestar, divide al público y que ello va en detrimento del espectáculo en particular y del teatro en general; ahora bien, como contrapartida, también advierte de cómo un exceso de corrección y de asepsia, de ansiosa preocupación por no molestar mínimamente, llegue a mutilar el producto, a dejarlo anémico, condenándolo en última instancia a que no interese a nadie. Mingote ha de firmar un chiste diario como mínimo y además en un periódico, que es sobre todo pulso de la actualidad, conjunto de noticias, y esta actualidad y estas noticias son políticas y sociales. Hay que arremangarse y hundir las manos desnudas en la masa, sin guantes ni profilácticos; hay que mojarse y “mancharse” para hacer frente a ese “contraste de los contrastes”, en palabras de Ramón, a esa “yuxtaposición” de opuestos: los que han comprendido y los que no, ya sea porque no hayan podido, ya sea porque no hayan querido, y esto último ya sea por ignorancia, ya sea por absoluta mala fe.

A Mingote su implicación, su compromiso ético de artista, le acarrearán más de un disgusto:

a) Denuncia, con juicio y todo, de los tenderos que, en un exceso de amor propio y por tanto de soberbia y por tanto de falta de sentido del humor, se sintieron contumazmente agraviados por sus viñetas.

b) La enemiga de los fariseos del catolicismo en general cuya religión es sólo Inquisición, esto es denuncia y condena del heterodoxo y observancia fanática de leyes, normas y sobre todo prohibiciones, impuestas fundamentalmente a los demás; la mezquindad de la letra frente a la largueza del espíritu.

Fue entonces cuando Mingote se dibujaba a sí mismo, mohíno frente al papel, dudando con la pluma en la mano, soportando sobre sus hombros a un señor de negro, ataviado a lo Felipe II o vestido como uno de esos siniestros personajes suyos, los “serios, decentes e inmutables”, que mira, torvo y escudriñando, hacia abajo, hacia la cuartilla en blanco que nuestro artista, autorretratado, se dispone a dibujar. Desafiante parece susurrarle: “A ver si te atreves esta vez...” o “Ay de ti, si osas...”

Recuerdo una viñeta de esa misma época en que el propio Mingote aparecía frente al papel y, muy atribulado, se preguntaba cómo podría dibujar un chiste en que se pusiera en evidencia la necesidad de los fanáticos hinchas de no sé qué Virgen, sin que se malinterpretara como un ataque a esa Virgen o a la religión en general como creencia respetable.

Mingote personalizó y encarnó el nacionalcatolicismo en esos señores y señoras, tan decentes, tan de negro, tan avellanados, tan inclementes y despiadados, de la misma laya que el benedictino fray Jorge de Burgos en "El nombre de la rosa", enemigos jurados de la risa, de la primavera y la juventud, cuya "anti-misión" antropológica consiste en obstaculizar cuando menos la vida y, a ser posible, anestesiarse o invernarla e incluso abolirla. Son esos "honnêtes gens" que denuncia Prévert, son esos "croquants" desenmascarados por Brassens, verdugos de todo impulso vital. En una de sus viñetas se ve a unos jóvenes reír alegres por las calles engalanadas de primavera. Se los mira una pareja de amargados "siniestros". Le dice el marido a la mujer algo así, pues hablo de memoria, como: "La alegría, la primavera... icómo si la vida fuera cosa de risa!"

Mingote se granjeaba permanentemente la enemiga de los sectores más reaccionarios y recalcitrantes del régimen del 18 de julio: nacional-catolicistas, nacional-sindicalistas, opusdeístas y aprovechados de toda ralea, elegantes o zafios, desalmados. Mingote fue constante denuncia crítica de la dictadura, más o menos subrepticamente, más o menos directamente, dependiendo de la oportunidad y de la censura. También durante la primera Transición, cuando se encararon los primeros debates sobre la libertad religiosa, Mingote hubo de sufrir numerosos ataques (verbales o por escrito, eso sí, afortunadamente) por parte de lectores indignados, esos mismos que, cuando se pusieron en marcha las reformas del Concilio Vaticano II, se decían en una de las viñetas mingotianas (no los describo pues con toda facilidad ya los habrán imaginado ustedes): "No, mujer; lo de la libertad de conciencia es para tranquilizar a la gente moderna. Porque al Cielo, lo que se dice ir al Cielo, iremos los de siempre."



c) Los nacionalismos. Estamos ya, claro está, después de 1975 puesto que hasta esa fecha permanecían ocultos. Mingote opina sin pelos en la lengua y con muchos en el pincel. Dice: "Los nacionalistas son fundamentalmente unos cursis. Porque la cursilería es el afán inmoderado de aparentar lo que no se es... Los catalanes quieren aparentar que son una nación... que son distintos de los españoles, que son otros, que no son españoles, o sea que ellos quieren ser como los Estados Unidos, una nación... o sea China, los Estados Unidos y Cataluña, pero bueno, no me diga, ¿no es ridículo eso? Pues ahí están los idiotas de los nacionalistas predicando la separación." Muchos serán sus chistes sobre la insensatez, el salirse de madre, la soberbia de rana hinchándose para querer ser buey, de los siempre onerosos, gravosos, tenaces y obsesivos nacionalistas. "El nacionalismo es como un pedo, que sólo gusta a quien se lo tira", pone Boadella en boca de Josep Pla en "La increíble historia del doctor Floyd y míster Pla".

Lo dicho: nuestro autor se enajenó, más con sus chistes que con sus declaraciones, las simpatías de los sectores anti-españoles, dando una vez más la razón a Ramón en su acertada intuición del padecimiento que la profesión de humorista lleva anejo.

Viñeta del 2006: Por aquel período los cayucos habían sustituido ya a las pateras de antaño. Desafiando las procelosas aguas, uno de ellos, cargado hasta los topes de miserables, desheredados africanos de la fortuna, semejante en su arracimarse humano y en su dramatismo al “Radeau de la Méduse” de Delacroix, aproa hacia las Canarias o la península. Uno de ellos se dirige a otro compañero de infortunio. Dice el pie: “-Y ser español tiene muchas posibilidades, pues luego puedes hacerte catalán, vasco, gallego...”

El terrorismo vasco, corolario del nacionalismo vasco. A principios de los noventa, puso en marcha la consejería de turismo del gobierno vasco una campaña para atraer visitantes a la región, en que se pintaba un marco de ensueño. Su lema era: “Ven y cuéntalo”. Mingote, con ese motivo, publicó un chiste en el que en primer plano aparecía un cuerpo tendido y desangrándose en una postura y una perspectiva entre la de Mantegna y la de Holbein el Joven en sus respectivos Cristos yacientes, y, tras de él, unas figuras giacomettianas, sólo contorno, sin rostro, anónimas, en las que uno adivinaba la indiferencia o la degradación moral, o ambas cosas. Mingote osaba cuestionar aquella falacia idílica señalando la lacra del terrorismo. Y, claro está, con el nacionalismo topó, siendo motejado de reaccionario, franquista, saboteador de la paz, celestina del “conflicto”, soporte ideológico de la opresión, etc.

Un nuevo asesinato de la ETA. Chiste de Mingote: en primer plano, desolado y aterrado, grita un niño: “Han matado a mi papá”. En un segundo plano pasan dos tipos con boina. Dice uno de ellos: “Tan joven y ya soplón”. ¿Puede expresarse mejor la ruindad moral que genera el terrorismo, el encanallamiento de toda una región con su sociedad correspondiente? Afirma Cicerón en las “Tusculanas”: “Esta ausencia de dolor no puede adquirirse más que con un precio elevado: el embrutecimiento del alma y la torpeza del cuerpo.” En una ocasión escuché cómo Pedro Mari Baglietto, hermano de Ramón Baglietto, concejal de la UCD en Azcoitia asesinado por la ETA, citaba este tristísimo y tan lúcido! chiste de Mingote en una mesa redonda sobre el terrorismo vasco.

Desde el 17 de enero de 1996 al primero de julio de 1997, en que fuera liberado por la Guardia Civil, durará el secuestro de Ortega Lara, una de las mayores ignominias, de las más execrables iniquidades que se hayan cometido jamás en España. La viñeta de Mingote al respecto (de 18 de enero de 1997) adopta y adapta -y volvemos así a sus prácticas vanguardistas- el más crudo expresionismo, tanto figurativo como abstracto. El dibujo consta de dos planos horizontales, de iguales dimensiones, montado el primero sobre el segundo y separados por la línea del horizonte. Sobre ésta y contra su fondo blanco una figura central, de estirpe giacomettiana, alambre y humo, hirsuta, siniestra, corre enarbolando una antorcha mientras grita “¡Libertad para Euskadi!”. Justo bajo ella y encastrada en el segundo plano en soberbia perspectiva de irregular esbozo y contrastando con lo plano de la tierra que lo circunda, se encuentra un cubículo tan estrecho y bajo que no permite erguirse a una persona dentro de él, como las cajas de suplicio en que, tal y como cuenta Víctor Hugo en “Nuestra Señora de París”, el rey Luis XI encierra a sus prisioneros. En su interior, naufragado, vaciado, a la deriva psíquica, enterrado en vida, mas no cataléptico, sino aún “sintiente” aunque cada vez menos, como se da en los relatos de horror de Poe, un hombre hunde su cabeza entre las rodillas y sujeta éstas con ambos brazos, como quien está a la espera de que le caiga encima el golpe de gracia o la bomba que lo liberará para siempre de la tortura de, aun viviendo pues se respira, no ser nada o incluso más bien menos que nada, nuevo Auschwitz de absoluta privación quinésica y sensorial.

A pesar de la mencionada perspectiva bosquejada, el corte de este plano inferior es transversal y así, torno al infame menos que tabuco subterráneo, se aprieta, en funesto y ancho *pendant* de la figura que ostenta la antorcha en el plano superior una densa malla amenazadora que sugiere el Saura más desasogador. A la derecha, desciende una serpiente; a la izquierda como una mano

abierta de dedos crispados unas raíces amputadas hunden su ceguera en el silencio cósmico de los muertos; del tronco del árbol sólo queda el tocón pues ha sido talado casi a ras de tierra, suponemos que cercenado por el hacha inicua e inmisericorde de los que se creen y erigen en dios sanguinario disponiendo a voluntad de la vida de los hombres doblegados.

Desde el punto de vista de la composición y a pesar de la crudeza del tema y también de cuantos elementos la constituyen formalmente, ¡qué equilibrio en la viñeta!, probando así Mingote una vez más cómo se puede ser racional y conmovedor, moderno o actual y clásico a un mismo tiempo.

No, Mingote, desde el otero de su inteligencia y su arte y desde la autoridad que otorgan la creencia en la dignidad del ser humano y la defensa sin ambages de la libertad, pero también desde la solidez moral que nos concede el denostado, pero absolutamente necesario, sentido común, jamás ha eludido el encarar en sus viñetas (y son muchas sobre esta malhadada cuestión, pero no hay espacio suficiente aquí ni para citarlas ni para glosarlas todas) el terrorismo; nunca ha escurrido el bulto, siendo siempre su condena absoluta; nunca se ha hecho el progre ni ha adoptado cobardes posturas de cierta comprensión y de “equidistancia”, de sí pero o de no pero... “Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto de mal procede” (Mateo, 5, 37), que lo demás, es conducta blanda y pusilanimidad moral, la que san Pablo fustiga y el objeto de aquella terrible admonición del Apocalipsis (3: 15-19): “Yo conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.” Mingote y el Evangelio frente al beatíficamente peligrosísimo “buenismo”, ese pancismo de la ética que traga con todo y permite que la víbora crezca y se fortalezca su mortal veneno. En el Canto III de “El Infierno”, remacha Dante el clavo afilado adentrándose en la mórbida carne de los tibios. En el vestíbulo o antesala del Infierno se encuentran, dolientes y desesperados, quienes en castigo de su cobardía (“visser sanza ´nfamia e sanza lodo”) ni siquiera pueden morir y malviven envidiando toda suerte que les es ajena, incurriendo por ello en el desprecio de Virgilio: “misericordia e giustizia li sdegna: non ragionam di lor, ma guarda e passa”, indignos como son de que se les dedique ni un segundo, ni un pensamiento. Son los innostrados, que no los innostrables, los rechazados tanto por el Cielo como por el Infierno, los descartados. “Caccianli i ciel per non esser men belli, / né lo profondo inferno li riceve, / ch´alcuna gloria i rei avrebber d´elli.” Ni chicha ni limoná o, si se prefiere, ni fu ni fa.

18. Guerra, postguerra, franquismo, democracia y ABC

Mingote ha creado cada día una viñeta para ABC, amén de la semanal para el suplemento dominical ¡desde 1953 al 2012! Son, en números redondos, ¡sesenta años! “Todos los días del año, haga frío o calor, esté yo triste o alegre, feliz o desdichado, deprimido o exultante, he de hacer para el periódico un dibujo sobre un tema de actualidad. Y hoy no se me ocurre nada sobre la esclavitud.”, se dice con tribulación en una viñeta del 2001 un pobre Mingote asendereado, lápiz en ristre y ante la cuartilla inmaculada. Pone espanto y admiración lo prolongado y regular de esa creatividad que siempre ha brillado a gran altura, sin conocer altibajos y es bien cierto que Mingote ha sido siempre excelente y que su producción no ha conocido momentos o etapas de cansancio o agotamiento, de merma en el ingenio o en la técnica, de amaneramientos o de subterfugios y trucos de maula. En una ocasión, a finales de la década de los setenta del siglo anterior, oí a Julián Marías afirmar en una conferencia que Francia, desde que superara con Enrique IV sus guerras civiles de religión no había conocido ya nunca más, frente a los altibajos del conjunto de las grandes naciones europeas, período alguno de decadencia; pues bien Mingote, en este sentido, sería la Francia de los humoristas gráficos. Nunca he oído a nadie exclamar frente al chiste diario de Mingote, como sí me ha ocurrido a

propósito de otros, que Mingote “estaba acabado”, que “se le había terminado la cuerda”, que “su momento ya pasó”, etc.



¡Sesenta años sin salir de la casa! Mingote siempre declarará no haber sido nunca, en tan largo tiempo, censurado o mediatizado por ABC, sino por el contrario haber gozado siempre de libertad absoluta. Mingote, representante genuino de esa *fides hispanica* que cautivara a los romanos, ha permanecido leal al periódico que le diera fama y popularidad, y los lectores, brindándole, junto con su cariño, también su fidelidad, le han otorgado la oportunidad diaria de acertar.

Y sin embargo... Se ha dicho, y con razón, que los españoles somos cainitas, palabra de moda, indudablemente, pero acertada, que describe lo que somos. Allí están las guerras carlistas y la guerra civil para aseverar el aserto. Mingote siempre denunció lo que él llamaba la “pereza mental”, que consiste en esa nefanda comodidad de poner etiquetas y establecer filiaciones automáticas evitándose así uno el engorro de la reflexión, la “funesta manía de pensar”. Aquí está el busilis: Mingote trabaja para ABC, *ergo* es un carca. Yo sé de algunos que adoraban a Máximo... cuando dibujaba para el País. Se mudó a ABC y ya no hicieron tanta gracia sus chistes ni los encontraron tan inteligentes. Otro tanto hubiera ocurrido, pero en sentido inverso, si, por ejemplo, Mingote hubiera emigrado del ABC a El País. Hace unos días me decía una amiga que a Mingote le había perjudicado el publicar en el diario monárquico. Con ello quería decir, y desde luego se le ha de conceder mucha razón, que quien publica en un diario de izquierdas será automáticamente mejor valorado intelectual y artísticamente y se le allanarán los caminos pues la izquierda, frente a la derecha que tan desatinadamente y sin fe alguna se vende en lo cultural, posee ese privilegio de otorgar cartas de nobleza, títulos de moralidad inatacable y marchamos de calidad y, en sentido contrario, de censurar y condenar a las “tinieblas exteriores” a los “otros”.

Mingote reivindicó siempre la libertad. De haberse sentido constreñido en ABC, lo hubiera abandonado; se lo hubieran rifado los otros diarios. Mingote no es ningún carca y creo que no debe uno gastar tiempo en rebatirlo y una vez más, como Virgilio en Dante respecto de los tibios, “non ragioniam di lor, ma guarda e passa”. El viejo profesor -que no era sectario-, a la sazón alcalde de Madrid, le nombró “alcalde honorario del Parque del Retiro” y Forges, próximo a los planteamientos socialistas, sintió siempre por él auténtica veneración.

Sí, claro, de filiación carlista tanto por parte de padre como de madre, se alista voluntario en nuestra odiosa guerra con el atolondramiento y la inconsciencia de sus idiecisiete abrilés! Y ello, a pesar de que según contará, cuando el 19 de julio del 36 cae Teruel en manos de los militares sublevados vería cómo a la plaza del Torico llegaba a bordo de un camión un grupo de trece

prisioneros que, a medida que iban bajando, se les pegaba un tiro en la nuca... Mingote ha tenido siempre la honradez de no ocultar su pasado y, por otra parte, quién puede afirmar que había dos bandos claramente delimitados desde el punto de vista moral, como el de los buenos, es más buenísimos, y otro, el de los malos, es más malísimos; además ninguno era homogéneo y en ambos había muchos que no sabían muy bien ni por qué estaban allí ni qué hacían allí. Tampoco olvidemos la omnipresencia de la Tercera Internacional o Komintern, tan totalitaria y asesina como el fascismo o el nacional-socialismo o el Imperio nipón de la época. Que la memoria sea todo lo histórica que sea menester, pero no tan selectiva ni interesada.

Que aquella época era más que confusa, que la falta de perspectiva nublara a muchos, ¿quién se atrevería a negarlo? Valga como ejemplo de ello el que Eugenio d'Ors, sí, el gran d'Ors, Xènius, filósofo, esteta, *alma mater* del Noucentismo, hombre de razón y cultura donde los haya, prologaba la traducción española de “El espíritu de la Revolución Fascista” de Benito Mussolini, tras la invasión de Abisinia: una loa al Duce. Citamos: “...el Duce y quien hoy traza en su loa estas líneas pálidas...” Antonio Machado, por su parte, durante la guerra civil, escribe su soneto a Enrique Líster, “heroico Líster”, el legendario héroe comunista del Quinto Regimiento: “Si mi pluma valiera tu pistola / de capitán, contento moriría.” ¿No es esto otra barbaridad, con la única diferencia de que el bando es el opuesto? Otro ejemplo: Josep Pla, como no podía ser de otro modo por su talante burgués, conservador (léase su suculento “Per què sóc conservador”) y defensor de la sensatez, en aquel irracional período, se alineó con Franco, por mucho que luego desde el nacionalismo catalán se haya, como tantas otras cosas, silenciado o escamoteado su opción. Para acabar: En diciembre de 1937, en plena contienda española, Ortega escribe lo siguiente: “Mientras en Madrid los comunistas y sus afines obligaban, bajo las más graves amenazas, a escritores y profesores a firmar manifiestos, a hablar por radio, etc., cómodamente sentados en sus despachos o en sus clubs, exentos de toda presión, algunos de los principales escritores ingleses firmaban otro manifiesto donde se garantizaba que esos comunistas y sus afines eran los defensores de la libertad.” La cita no requiere, creo, de comentario alguno. ¡Qué turbias bajaban las aguas! Luego, viendo los toros desde la barrera y mucho tiempo después y, para más *in ri*, descontextualizando interesadamente, ¡qué fácil es condenar, sobre todo cuando la condena se dicta *a priori*, mucho antes de que comience el proceso y la investigación, que se convierten así en pura filfa. Gonzalo Anes, actual presidente de la Real Academia Española de la Historia, afirma en genérico que es muy difícil el restablecimiento de la verdad histórica pues el historiador siempre piensa que le falta información suficiente y esencial, elementos para valorar los actos del pasado; en realidad, tácitamente está pensando en eso que en los últimos años, impulsado por Zapatero, se ha dado en llamar “memoria histórica” y así afirma que para llegar a esa verdad de la historia, se requiere indulgencia y evitar la condena entusiasta, precipitada y acrítica pues “juzgar, condenar, es muy fácil, pero ser justos, ser exactos en el juicio es de verdad lo difícil.”

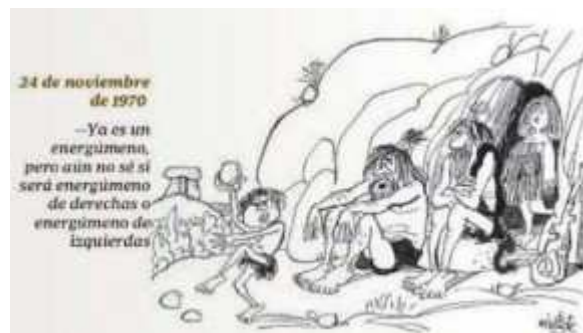
En cualquier caso los pujos carlistas, casi efébricos, de Mingote se desvanecerán pronto y, por inteligencia, espíritu crítico y sentido común, se mostrará muy a disgusto bajo la dictadura franquista y así, colaborando en la Codorniz, se incorporará al movimiento de crítica general al régimen por parte de toda la intelectualidad, tanto la del exilio como la del interior, y participará en el general anhelo de apertura. No seamos tampoco tan flacos de memoria por lo que se refiere al llamado Grupo del Escorial, que tan bien refleja el recorrido de los intelectuales del bando nacional o sublevado, falangistas mayormente. Ante el oscurantismo nacional-catolicista y una autoridad eclesiástica reaccionaria y anti-intelectual, sectaria y represiva, a quien el régimen, por total desinterés e incluso desprecio ante las “cosas del espíritu”, ha abandonado la cultura del país, Laín, Tovar y Ridruejo colgarán bien pronto su camisa vieja y azul y elevarán gallardamente su voz contra el Estado totalitario. Ellos exponen mejor que nadie, con su conducta, la amargura y la evolución que conocerá la intelectualidad del bando de los

vencedores; luego, a pesar de detenciones, destituciones y prisiones, se pondrá en marcha un imparable proceso de diálogo entre los que quedaron y los que marcharon, siendo Julián Marías y Aranguren sus pioneros más señalados. Y así, si tanto en lo científico como en lo literario, hasta bien avanzada la década de los cincuenta, la producción del exilio no sólo será más abundante sino sobre todo muy superior cualitativamente, poco a poco la del interior la irá igualando.

Mingote saludará con esperanza la reforma de Suárez quien hará posible, con su discreción y prudencia, un cambio de régimen sin violencia ni muertes ni “Grands Soirs” gloriosos ensoñados por efebos y por no tan efebos aquejados de “adolescentismo” intelectual.

Pienso además que creará en las promesas del gobierno socialista y bien pronto quedará desengañado, como por otra parte Boadella: “... espejismo momentáneo, originado por el triunfo socialista del 82. Lamentablemente, poco tiempo después... las esperanzas se esfumarían en un sinfín de escándalos, corrupciones y desaciertos... la creación de una televisión pública que era uno de los mayores insultos a la ciudadanía de un país.” (Albert Boadella. “Memòries d’un bufó”). Chiste de Mingote del 97, tras la victoria del Partido Popular: aparece Alfonso Guerra vestido de bandolero, con trabuco y todo. Con su habitual gesto avinagrado, dice: “Nos gobiernan los hijos de la dictadura” De su hombro izquierdo cuelga una gualdrapa en la que se lee “corrupción, prevaricación, malversación, fraudes, etc...” A sus pies reposa un maletín con la inscripción de “Fondos reservados”.

Un chiste reciente de Mingote, correspondiente al mandato de Rodríguez Zapatero: se ve a un señor mayor con un niño en sus rodillas que le pregunta ingenuamente: “¿Qué es preferible, abuelo, ser de derechas o de izquierdas?” Contesta el abuelo: “Pues verás, antes que nada, no ser gilipollas. Luego ya...” La viñeta en cuestión parece magnífica ilustración de aquello que Ortega afirma en “La rebelión de las masas” a propósito de la frecuente inanidad -y vanidad también- que entraña eso de ser o de definirse como de izquierdas o de derechas. “Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral. Además, la persistencia de estos calificativos contribuye no poco a falsificar más aún la “realidad” del presente, ya falsa de por sí, porque se ha rizado el rizo de las experiencias políticas a que responden, como lo demuestra el hecho de que hoy las derechas prometen revoluciones y las izquierdas proponen tiranías.” Cabe mencionar aquí también ese otro chiste de Mingote en que unos trogloditas adultos observan a un trogloditín que con gesto sañudo se dispone a lanzar una piedra al estilo de nuestros agitadores urbanos. Dice uno de los mayores, posiblemente su padre: “Ya es un energúmeno. Pero aún no sé si será energúmeno de derechas o energúmeno de izquierdas.”



Desde su viñeta, como un diestro ballestero desde su barbacana, Mingote defenderá siempre para el castillo de la inteligencia la libertad, la dignidad y la razón frente al sectarismo, el dogmatismo, el fanatismo y la trampa. La suya es además tronera de sensatez desde la que

defender también la unidad nacional representada y garantizada por la monarquía pues sabe bien Mingote que la república española sería bien pronto *las* repúblicas -tantas como autonomías- ex-españolas, bien escindidas, bien canijas, pero bien satisfechas, para sin solución de continuidad convertirse en las repúblicas de lo que sea, menos españolas, lo cual amén de necio e ignorante a más no poder, sería también desasosiego, disturbios, inestabilidad, pobreza, conflictos y claro está guerra y guerras y muertos.

A propósito de monarquía, qué duda cabe que es muy de agradecer la concesión del título de marqués de Daroca a nuestro autor por parte del soberano; sin embargo, y sin ánimo alguno de ser quitagustos o de encizañar, considero que llegó bastante, demasiado, tarde, con un Mingote con poco más de noventa años a costas, sobre todo si tenemos en cuenta que el ennoblecimiento de Vicente del Bosque fue prácticamente inmediato a la victoria de España en el campeonato mundial de fútbol, en el 2010. Nadie pone en duda la valía de del Bosque -de virtudes, por otra parte, similares a las de Mingote: modestia, discreción, trabajo, rendimiento y eficacia- y es bien cierto que la competición futbolística en cuestión tiene un final preciso, una inmediata repercusión internacional de primer orden y suscita en la nación un entusiasmo popular incontenible, mientras que la obra de un creador artístico se sitúa en unos parámetros bien distintos (soledad, tiempos dilatados, extensión, influencia más difusa, etc.), pero aun siendo todo ello innegable, la verdad es que duele la desproporción en los distintos tiempos de una y otra merced y, sí, según las obras hubieron ambos el galardón, pero a uno de ellos, si se llega a esperar un poco más, hubiera sido a título póstumo.

19. Algunas consideraciones sobre el humor

¡Qué plena ha sido la vida de Mingote! Creador de a diario, sintetizando y fustigando, con absoluta solvencia artística, los defectos de nuestra sociedad española en particular y los ridículos de la condición humana en general. Es cuanto Goya hace con sus “Caprichos”, a los que no se les debe mutilar de los textos que los acompañan o glosan o dan título, pues son de suma importancia para la comprensión cabal de la serie y así Goya se nos revela como un predecesor del humor gráfico. No en vano Mingote profesa gran admiración por su paisano y un bello ejemplo de ello, entre otros, nos lo proporciona el relato breve dedicado a él en la colección “El caer de la breva”:

Salió don Francisco a dar una vuelta por el río para hacer tiempo. Junto al puente de Segovia se encontró con Leocadia, que volvía del mercado. “Me han dicho que la Venceja se ha muerto esta noche de un pasmo”, dijo la mujer... Volvió el pintor a la casa dispuesto a continuar su trabajo y encontró una escoba apoyada en la pared junto a la pintura apenas iniciada.

Paremos mientes por unos instantes en el humor en general y en el de Mingote en particular. La atalaya desde la que el humorista contempla la vida y a sus semejantes es la del sentido común. El río puede salirse del cauce y se da la inundación. La razón puede desquiciarse y se da la locura. El invierno se prolonga en exceso y la primavera queda en entredicho y se arruinan cosechas. Cuando el hombre, llevado de la avaricia, de la ira, de la soberbia, hace violencia a las cosas y a los otros hombres e incluso a sí mismo, está dañando el equilibrio natural y los asientos de la vida misma. Desde la sensatez o incluso desde el santo temor de Dios cuando la situación es extremadamente grave, todo humorista -pues lleva dentro de sí a un moralista y a un humanista- ha de denunciar esa demasia, ridiculizarla, reducirla, limpiarla y reencauzarla, devolviendo las cosas a su orden natural y a su movimiento consustancial. Al igual que, por ejemplo, haría un médico pues enfermedad es mayormente desorden. Ante la desmesura, la vuelta a la medida. Frente a la necedad, el abuso, lo disparatado, lo cursi y la hipocresía, se erige el humorista, cazurro o histriónico, pero siempre cuerdo a pesar de las apariencias o, cuando

menos como agente un tanto tarambana (pues enseña haciendo reír), consciente o inconsciente, de la cordura. Él nos hará ver, desde su ingenuidad y desde su mirada “extranjera”, que el rey va desnudo o que el retablo de las maravillas es una camándula que favorece a unos pocos. Él desenmascará a los fariseos que “gustan de orar en pie en las sinagogas y en los ángulos de las plazas, para ser vistos de los hombres” (Mateo 6,5). Él le sacudirá en la cresta al petulante o engreído. Él pondrá en evidencia las contradicciones que nos amargan y además perjudican a los demás. Él templará los instrumentos desafinados. Él hará por sosegar los ánimos exaltados. Él espoleará los afectos decaídos. En definitiva, un médico como ya se dijo antes, pero algo otro también, un curandero o un hechicero que convoca a las lluvias en tiempo de sequía o, por el contrario, al sol en tiempo de recias aguas. El humorista procura siempre que los dos platillos de la balanza estén parejos. En sus cometidos está el remediar la inercia humana a los extremos, al abuso y al caos. Habrá de limpiar la experiencia con la misma energía, idéntica determinación e igual ingenio con que Heracles lavó los establos del rey Augías, solución extrema para un caso extremo, pero que nadie dude de que en su intención está el que luego, en cuanto que se haya eliminado esa mugre que clamaba al cielo, los ríos habrán de volver a su cauce natural.

Desde la medida, contra el desafuero.

Se podrá replicar que el humor absurdo no sólo no reintegra al orden natural de las cosas desde el sentido común sino que, por el contrario, contribuye desde la demencia al desconcierto general. Sin embargo, no es así: ¿hay orate más orate que los hermanos Marx? Y no obstante, al final de sus películas no sólo se ha castigado al prepotente, al petulante y al tirano, sino que se ha restablecido el decurso natural de la vida y de las cosas, desembarazada ya su senda de obstáculos y de asechanzas a la relación de amor que debe unir a dos seres jóvenes, vitales y bellos. Los hermanos Marx son unos clásicos desde el punto de vista antropológico pues persiguen la derrota del invierno contumaz y la victoria de la primavera exultante, exactamente igual que los *zanni*, ya sean badulaques, ya sean astutos, pero siempre trapaceros, de la *Commedia dell'Arte* italiana.

En cuanto al teatro del absurdo más extremo, la estrategia, si bien sea diferente a la tradicional por cuanto que exaspera aún más lo desquiciado, lo vesánico, en realidad está, así, por exacerbación y exageración, denunciando y poniendo en evidencia la locura destructiva del hombre y de sus creaciones monstruosas; en el tuétano de este humor reside la percepción dolorosa y desgarradora del desequilibrio, del cataclismo y del horror del caos, siendo así que este humor (como todo humor) aspira secretamente al restablecimiento de la armonía, latiendo como late en él el anhelo de la Edad de Oro. Que no nos nublen el entendimiento las apariencias: el humor, como todo el arte en general, ha de acusar necesariamente el horror de las dos guerras mundiales y de la alteración tan distorsionada de la relación del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza y, claro está, la desacralización social, lo que algunos han dado en llamar la “muerte de Dios”. Sí, mas, insistamos en ello, todo humorista añora, apela y apunta a esa “dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...”, el paraíso amniótico probablemente.

El humor de Mingote, a través de la sátira y el desenmascaramiento, busca con denuedo la concordia, la paz, el respeto mutuo y la fraternidad. Y no debemos olvidar la condición de español de Mingote y que así ha vivido en sus carnes, participando además activamente en ella, la guerra civil. Sus viñetas la conjuran permanentemente y los conjuros, como Jano, presentan una doble cara: una mira al pasado con lástima por lo que fue y otra mira al futuro con aprensión, mucho más que con esperanza.

Cerremos estas reflexiones sobre el humor con la célebre afirmación de Eugenio d'Ors -no todo han de ser en él, ni mucho menos, apologías del Duce- según la cual la ironía (una de las facetas del humor) limpia y reequilibra el mundo: "(uno ha de procurar ser) sabio, al descubrir el orden del mundo, que incluye la ironía." Sin ironía (léase humor) no hay libertad ni armonía y surgen los monstruos devoradores cuya hambre y sed (de sangre generalmente) nada apacigua.

20. Endecha en prosa

ABC ha tomado la decisión de publicar cada día un chiste antiguo de Mingote. Hasta el 16 de junio, aniversario del primero. ¿Y luego? ¿Quién tendrá el tan temerario arrojo de ocupar el rectángulo vacante? ¿Cómo salvará esa tan problemática dificultad la dirección del periódico? Cuando murió Miguel Ángel, el desolado sentimiento de orfandad se apoderó del arte y de los artistas; se produjo una crisis creativa y una cierta esterilidad ya que nadie se sentía con talento o fuerzas para estar a la altura. Junto a la pérdida se instaló el sentimiento íntimo de la propia inanidad e irrelevancia, de la inferioridad en definitiva. Y con ello, una depresión que impedía la acción, la investigación, el entusiasmo, el estro y la creación. Sí, claro, la vida sigue y la vida siguió y se volvió a crear nuevamente y Giambologna tuvo el gran valor, a despecho de todo, de tomar el relevo y de ocupar la vacante, mas la comparación se hace inevitable... e insostenible para este último, a pesar de su innegable calidad. En cualquier caso el vacío es inmenso y muy doloroso.

Hasta aquí he procurado escribir "desde fuera", esto es sin implicarme afectivamente en esta glosa a la obra de Mingote, para evitar todo sentimentalismo y efusión que tan fácilmente llevan al tópico, a la insinceridad, al elogio fúnebre de marchamo y que al propio Mingote disgustarían profundamente. Hasta aquí. Que tampoco es bueno hacerse violencia en los afectos y es menester darles expresión, máxime cuando se ha hecho el esfuerzo previo de analizar racionalmente y de forma crítica y por tanto se ha dado el pábulo correspondiente a las cosas del entendimiento. Que se manifieste ahora el corazón y con él el inevitable llanto.

La noticia de la muerte de Antonio Mingote me ha sumido en la misma tristeza, el mismo sentido de abandono que cuando murió otro Grande de España, Alfredo Kraus. Ha muerto un guía espiritual, artístico, alguien que formaba parte de mi vida, que con sus viñetas me hizo reflexionar, sonreír, reír, soñar y también indignarme contra tanta sinrazón. Mingote abría siempre nuevos senderos o por ser más exactos nuevos caminos reales, nuevas y muy amplias perspectivas, nuevos afectos. Dice Josep Pla que amigo es sobre todo aquél de quien se aprende. Por ello puede uno considerar amigos, amigos íntimos, a Esquilo, a Plauto, a Petrarca, a Juan del Encina, a Rimbaud, a Cervantes, a Shakespeare, a Dostoievski, a Giotto, a Masolino da Panicale, a Botticelli, a Palladio, a Borromini, a Juan de Villanueva, a Bellini, a Donizetti, a Fleta, a la Callas, a Alfredo Kraus, a Vittorio Gassman, a Bibi Andersson, a Kurosawa, a Antonioni, a Nuréyev, a Carmen Amaya, a Joselito, a Domingo Ortega, etc., aunque nunca se los haya conocido personalmente pues es mucho lo que nos han enseñado. Nos han dado el criterio para situarnos ante una obra, ante un autor, ante un problema, ante una circunstancia, y poder valorarlos, compararlos y evaluarlos, creando así nuestro propio sistema de valores asentado en la instrucción, el conocimiento, el sentido histórico de la existencia, el silencio, el estudio, la soledad del entendimiento, la riqueza de la intimidad y del mundo propio, el gusto, el buen sentido y el espíritu crítico. El criterio, los criterios, que son los cimientos de la libertad intelectual, eso de lo que, por desgracia, carece el mundo. "... el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo dócil a todas las disciplinas llamadas "internacionales"... carece de un "dentro", de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un *yo* que no se pueda revocar. De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa. Tiene sólo apetitos..." (Ortega, "La rebelión de las masas"). El verdadero artista

es fundamentalmente educador y ello tácitamente, sin proponérselo, sin buscarlo, sin didascalismos conscientes pues éstos son -y es ello uno de los lastres del Siglo de las Luces-, generalmente, molestos y aburridos.

Ahora, sin ti, Antonio Mingote, qué profundo desconsuelo... el del alumno que acude a la buena escuela y la halla cerrada a cal y canto como un sepulcro... pues ha marchado el inefable maestro.

Se ha dicho que el artista actúa y crea, entre otras cosas, para ser querido. Dice jocosamente el cantaor Alfonso Salmerón que si el aplauso es el alimento del artista, ¡qué buenas piernas de cordero no habrá tenido él la suerte de comerse en más de una ocasión! Querido Antonio Mingote, querido Antonio, ¿cuántos jamones de pata negra, cuántos chuletones de Ávila y cuántas piernas de cordero no habrá entonces en tu despensa espiritual? Querido Antonio, cuánto te hemos querido, cuánto te queremos.

Cuando, tras la muerte de mi padre, acudí por primera vez, solo, a la plaza de toros de Las Ventas, qué malestar no sintiera yo, que, tan desazonado, hube de abandonar el coso tras el tercer toro. Un vacío punzante en el estómago, en los miembros y en el corazón, un vahído en la cabeza, la voz reducida a un hilito seco... el peso terrible de la ausencia. Sentí que era un inclusero; de repente, por las malas artes de mala magia se me había trastocado el apellido que me diera mi progenitor; había pasado a llamarme ahora “de Dios” o “Expósito”. Los barcos pueden perder ancla y timón a la vez. Y existe el Sacamantecas, no es tan sólo un temor infantil; la prueba es que pasó por nuestra vida y nos arrebañó, barrenando, las entrañas. También el caballo de Atila nos arrasó con sus cascos los robustos brotes de la hierba que regábamos con la bien templada ironía del maestro Mingote, ese instrumento suyo, siempre afinado.

Feneció sus días Alfredo Kraus, se privó ya para siempre mi padre y ahora a Antonio Mingote también se lo lleva el barquero. “Oh, Mort, vieux capitaine, il est temps, levons l’ancre!” Y uno queda mutilado, créanme, y cuánto duele el miembro fantasma, que uno se palpa con ansia y nunca acierta a encontrar.

Siguen allí, no obstante, en su anaquel, sus libros y su recuerdo y todo lo que él fue para tantos, muchísimos, entre los que me cuento; siguen en él alentando, sí, mas sabiéndole uno muerto, inerte, qué lacerante se vuelve la conciencia de ese “nunca más”, el sonido de avispa prisionera zumbando su atosigante “ningún día ya con chiste de Mingote”. Y cree uno entonces, con el buen don Quijote, en encantamientos atroces que tapien mágicamente entrepaños, baldas y estantes de bibliotecas y nos hurtan, ocultándonoslo entero el “aposento de los libros”, el placer y la alegría de la ficción bien asentada en la realidad y del arte auténtico que cultivan los auténticos artistas que en el mundo han sido y que acaban por convertirse en verdaderos padres, en *nuestros* padres. El peor, el más malvado de los hechiceros no se llama Frestón. Se llama Muerte y todo lo trueca en nada.

¿Por qué habrán de morir los hombres, por qué tienen que morir los padres?